

1. Idurk

Miraba a derecha e izquierda, de este a oeste, de norte a sur, despacio, aturdido. Su mirada se paseaba incrédula por la vasta cuenca vacía de lo que una vez fue el mar: el mar se había ido. Esfumado, evaporado, gone, finito, no more. Quizá algún mago poderoso y malvado se escondía detrás de alguna de las colinas que una vez fueron islas... No, allí no había nada, nadie, solo vacío, oquedad, empitness, suelo cuarteado, algas marchitas, anclas oxidadas, boyas olvidadas, pedazos de redes, rocas grises, sal...

Miraba a derecha e izquierda, de este a oeste, de norte a sur una y otra vez como un leal vigía olvidado. Buscaba una explicación: el cielo permanecía inmutable, las nubes siempre cambiantes y pasajeras, pero aquel horizonte era ajeno.

Un perfil desconocido y atroz de un paisaje de pesadilla.

Aferrado a la proa de su barco no entendía nada, nada. Las manos le temblaban, la saliva espesa, el corazón se le escapaba del pecho. Miraba al suelo: apenas podía creer que bajo el casco de su tan querido barco no se dispusiera el mar, siempre presente y pretérito como la materia de la que está hecha el subconsciente, tan propia, tan de siempre, tan infalible. Su barco, el Latón, seguía en pie pero cojo y paralizado, hipnotizado por un céfiro perverso, espantoso, que había robado de sus pies de metal el sustento de sus días. Parecía hibernando, o peor aún, herido de muerte, moribundo. O aún peor: muerto ya. Nada tenía sentido. Nada encajaba en su simple cerebro de pescador: el mar se había ido, gone, good bye, au revoir.

La magnitud del suceso sobrepasaba toda posibilidad de raciocinio, abrumaba su inocente lógica, cortaba de raíz los pequeños brotes de juicio. Todo era emoción, terrible, intensa, dolorosamente evidente. “Quizá vuelva esta tarde... Por la noche... Quizá mañana...”, intentaba consolarse. “Si todo se ha ido tan de repente, ¿por qué no puede retornar de la misma manera?”. Sin embargo, aquella tierra seca y vacía, el suelo que fuera fondo del mar, parecía contarle a través de efluvios de muerte y nostalgia que el mar se había ido para no volver, lo habían robado quizá aquellos dioses de la antigüedad de los que alguna vez oyó hablar en la escuela, los mismos que jugaban con los humanos juegos crueles de encantamientos mortales.

Se sentó en cubierta, cabizbajo, apesadumbrado. Echaba de menos el sonido de las olas rompiendo contra el casco, el zumbido del motor, el acoso de las gaviotas alrededor del barco. Se acordó de Dios. Quizá él se lo había llevado. Quizá como castigo por sus malos hábitos, por querer siempre más, otra captura, un poco más, más grande, un rato más... Comenzó a rezar en silencio, casi sin darse cuenta, las pocas oraciones que conocía repitiéndolas una y otra vez. Cuando acabó le preguntó: “¿Por qué te has llevado el mar?”. Fueron las primeras palabras que pudo articular, que se hicieron voz en su garganta desde que despertó aquella mañana. Su voz sonó extraña en mitad del vacío. Luego suplicó: “¡Por favor, devuélvemelo!... ¡Devuélvemelo!”.

Imploraba en sollozos, poseído por la desesperación.

—No volverá.

Una voz. Se incorporó súbito y se asomó buscando con la mirada: venía del suelo, tenía que estar cerca del barco. Bajó con cuidado a tierra por la sogas de amarre.

—¿Quién eres?

—No volverá...

La voz surgía de detrás de unos arbustos, a la sombra de una roca. Se acercó y el corazón le dio un vuelco cuando vio a un enorme esturión yaciendo agonizante sobre una porción de suelo todavía húmedo. Nunca había visto tan hermoso animal, tan grande, con aquella coloración. Se asustó.

—No te asustes. Yo no puedo hacerte daño. Eras tú quien me pescaba, quien me sacaba del agua para acabar mis días despanzurrado, seccionado, humillado en un puesto del mercado, mi carne y mis huevas vendidas al mejor postor como simple mercancía. Aquí era el rey.

Jamás había sentido pena por un pez.

—Es cierto, y lo siento. Lo siento de verdad. Nunca había sentido pena por ti.

—Poco importa ya. Yo me comía al pez pequeño, tú me comías a mí. Siéntate, siéntate a mi lado. Acompáñame. Nunca he sabido tu nombre.

—Abai. Me llamo Abai.

Se sentó junto a la cabeza del enorme pez. Sintió deseos de acariciar su lomo.

—Yo me llamo Idurk y era el rey de este mar. Llevaba millones de años nadando en estas aguas. Antes éramos miles y miles...

—Hasta que llegamos nosotros.

—Las aguas comenzaron a temblar, transmitían sonidos extraños que tardamos en reconocer: el golpeo de vuestros remos, el susurro de vuestras barcas surcando las aguas, el sonido extraño de vuestras voces... Cada vez erais más, las barcas se convirtieron en barcos, los remos en motores de hélice. Ya no podíamos eludir vuestras redes, ni nadar más rápido que vuestros propulsores.

—Lo siento. Créeme que lo siento... ¡Cómo no pude darme cuenta!

—Poco importa ya, Abai. Ya ves que no hay mar y no volverá.

—¿No volverá? ¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Las aguas... Las vi marchar hipnotizadas, poseídas por un destino ineludible e incomprensible. Como el destierro de un ejército fantasma. Cantaban cánticos de despedida, bellos, muy hermosos, tristes. “Nuestra hora ha llegado”, decían como si hubiesen estado esperando una señal desde los primeros amaneceres del mundo. Yo no podía entender. “Idurk, ¿vienes?”, me preguntaron. Yo les respondí que no podía marchar, que esta era mi casa, mi reino, que no entendía por qué tenían que partir. “Entonces morirás, ¿lo sabes?”. Yo simplemente asentí.

—¿Y el resto de los peces?

—Algunos se fueron. Otros se quedaron a mi lado pero ya han muerto y otras bestias han dado cuenta de ellos. A mí ya me queda muy poco.

—Si pudiera ayudarte...

—No puedes, Abai. Es mi destino, ahora lo sé y estará escrito en alguna parte en una lengua quizá olvidada en algún remoto rincón del universo. Mi hora ha llegado, mi cuerpo sustentará otras vidas.

—Pero tu espíritu perdurará siempre, ¿verdad?

—Mi espíritu nunca se ha extinguido, Abai, y nunca se extinguirá. Es el mismo hálito que habita en el interior de todos los seres vivos. Ahora me despido. Déjame estar.

El enorme esturión expiró. Cerró los ojos y su respiración cesó. Abai lo contemplaba compungido. Acarició su dorso húmedo y frío y lloró.

2.Uno grande y otro pequeño

Visitó la casa de sus padres. Caminaba con tristeza por la tan conocida senda recordando con añoranza la alegría de otros tiempos, cuando llevaba a su madre un buen pescado, una cesta de frutas o una pieza de cordero comprada en el mercado. Caminaba despacio por el polvoriento camino, le pesaban las piernas, le pesaba el cuerpo como en esas pesadillas en las que uno quiere correr, huir, y no puede. Qué extraño se le hacía todo aquello sin el olor del mar, sin el omnipresente rugir de las olas como música de fondo. En vez de ello, silencio, un enorme vacío que succionaba sus pensamientos irremediablemente como un agujero negro instalado en la tierra. La evidencia era demasiado abrumadora, aquello no era una pesadilla, era peor, era real. No había posibilidad de despertar, de alivio, de consuelo, de restablecimiento.

Avistó la casa de sus padres en la distancia. Le pareció vieja y cochambrosa. A medida que se fue acercando, la tan familiar silueta logró levantarle el ánimo: el viejo porche, las dos ventanas con las cortinas de flores azules de su madre, la puerta de entrada verde con el pomo negro, el tejado gris, la bicicleta oxidada de su padre apoyada en un lateral de la casa, la huerta siempre llena de hierbas... Todo ello le traía buenos recuerdos.

Saludó desde lejos a su padre, sentado al resguardo del porche, con la misma manta de cuadros de siempre tapándole las piernas. Este levantó el brazo derecho a media altura con un gesto lento, para dejarlo caer sobre su regazo con la misma lentitud. Era obvio que no le había reconocido, pero Abai no esperaba que le reconociera. Su padre llevaba años sumido en crisis de ausencia cada vez más frecuentes y largas, hasta llegar a un estado de alejamiento permanente en el que solo por unos

instantes parecía volver a la vida real, reconocer a su esposa, su casa, su viejo entorno, a sí mismo, para volver a partir, de la misma manera que había llegado, hacia algún recóndito lugar dentro de sí mismo. Desterrado en su propio cuerpo. Llegó frente a él y le sonrió. Se sabía de memoria las arrugas de su frente, el largo y poblado recorrido de su bigote, la pronunciada protrusión de su labio inferior, la siempre elegante caída de su flequillo blanco. Era su padre, el de siempre, un poco más viejo, un poco más ausente.

—¡Hola, padre!

Él le miró. Sus labios dibujaron un amago de sonrisa, pero era obvio que no le había reconocido. Subió los tres escalones de madera que daban acceso al porche, se acercó hasta él y le besó en la frente.

—Hola, padre...

Lo repitió con una voz casi inaudible, como si hablara para sí. Era muy doloroso ver a su padre de aquella manera, pero a la vez sintió alivio de que no fuera testigo del gran desastre que se acababa de producir. A su padre, hombre recio de mar, de quien había aprendido todo lo que sabía sobre la pesca, la navegación, los caprichos de las aguas, se le habría roto el corazón al contemplar el devastador espectáculo. Le acarició la espalda. “Qué bien, padre, que no lo hayas visto...”.

Su madre hizo acto de presencia. Sonrió a su hijo con dulzura y tristeza y le besó en la mejilla.

—Creí oír voces...

—Madre, ya sabrás...

—¿Lo del mar? Sí, lo he oído.

Su madre no pareció darle gran importancia, lo cual dejó a Abai algo contrariado. Se acercó hasta su esposo.

—¡Mira quién ha venido a vernos... Tu hijo Abai! 18

Le hablaba como a un niño pequeño. Él musitó algo que Abai no pudo entender, a la vez que hizo un gesto parecido a enco- gerse de hombros.

—Dice que se alegra de que estés aquí.

Abai no creyó a su madre. Ella parecía vivir en un mundo paralelo al de los demás, interpretando las cosas de la vida a su manera, sin importarle las opiniones del resto de los mortales o incluso las sensaciones que le transmitían los sentidos. Lo que no le gustaba, simplemente, no existía, y lo que a ella le hubiese gustado, con la misma simpleza, lo fabricaba de la nada. Hacía más de dos años que su padre no hablaba. Contempló por unos instantes la cara sonriente de su madre, luego miró a su padre y sintió que ellos tres vivían en dimensiones diferentes.

—Madre, ya no hay mar.

—Eso he oído. Ven, entra, ¿te quedarás a dormir?

—Creo que sí. ¿Y padre?

—Ahí lo ves... Descansando, como siempre. Bien se merece un descanso el hombre.

Siguió a su madre hacia el interior de la casa convencido de que ella no era plenamente consciente del estado de su padre, o quizá sí lo era pero había decidido ignorarlo y fabricarse su propia realidad.

Dedicó un buen rato a limpiar la huerta de hierbas y maleza. Reparó la valla. Se acercó hasta la bicicleta oxidada y recordó con melancolía cómo su padre llegaba de faenar en el mar, él siendo solo un niño, pedaleando alegremente con la cesta llena de pescado y un cigarrillo entre los labios. La misma bicicleta con la que él había aprendido a pedalear. Accionó el timbre, sonó apagado y ronco como un grillo muerto al que el viento hace frotar las alas por acci- dente. Pareció decirle “déjame, ¿no ves que ya no tengo razón de existir?”. El marco oxidado, las cubiertas de goma cuarteadas, la cadena anquilosada. Parecía todo un símbolo de lo que era aquella casa, sus padres, su pasado.

Se acercó hasta el porche y se sentó en una silla al lado de su padre. Este pareció no percatarse de su presencia. Conocía aquel paisaje de memoria: las colinas peladas, los matorrales castigados por el viento, el camino de tierra gris. Desde allí no se veía el mar, apostado detrás de las lomas, pero siempre habían sentido su presencia como si fuera un ser querido, cercano, parte de la familia. Abai contemplaba ahora las colinas con tristeza, sabiendo que el mar ya no se encontraba al otro lado. Miró a su padre, sus ojos abiertos, parpadeos lentos y espaciados, su expresión imperturbable. Parecía también contemplar las colinas como si supiese que algo fatal había ocurrido más allá. Aferró su mano dura y huesuda, sitió su piel gruesa, fría, acarició la mancha amarilla de nicotina en su dedo índice de los miles de cigarrillos que había fumado. Se preguntaba si notaría el contacto de su mano. Frunció el ceño como si hubiese visto algo en el horizonte. Abai miró en la misma dirección pero no vio nada. Quizá fue algún pensamiento... “¿Qué es lo que pasa por tu mente, padre?... ¿Dónde estás?... ¿Cómo has llegado hasta allí?... Si pudieras volver, solo por un instante...”. Así dejó pasar el tiempo, sentado junto a su padre, mientras el sol caía, el viento agitaba la hierba y los gorriones volaban de vuelta al nido. Tenía la esperanza de que, de alguna manera, él advirtiera su presencia sintiéndose acompañado.

La cena transcurrió en silencio, una sopa de patata, zanahoria y pedazos de brema. Su padre era capaz de alimentarse por sí solo una vez que tenía el plato delante y la cuchara en la mano. No parecía importarle la comida, se limitaba a engullir como un automática lo que su mujer cocinara sin mostrar ningún tipo de emoción. Cuando la comida del plato se acababa, permanecía quieto, inexpresivo, con la cuchara todavía en su mano derecha. Entonces, su mujer, pacientemente, le retiraba la cuchara y el plato y le secaba los labios con la servilleta que le colgaba del cuello de la camisa. La misma rutina se repetía en cada comida. Abai contemplaba la escena con gran tristeza y resignación. Su madre acompañó a su padre a la cama.

—Buenas noches, padre, que descanses.

Se esforzó en sonreír, mirándole a la cara, sin esperar respuesta, ni siquiera una mirada de reconocimiento, poniendo en aquella rutinaria frase todo su amor. Se quedó solo sentado a la mesa. Miraba a su alrededor contemplando lo que durante tantos años había sido su hogar, hasta el día en que decidió que el Latón sería su casa. No había cambiado nada: la cocina de leña de su madre, la misma mesa y las mismas sillas, el mismo suelo de madera, las mismas estanterías, los mismos platos, los mismos pucheros, el mismo jarrón perlado con flores de plástico, los mismos santos de su madre, figuritas, estampas, plegarias. Sintió que aquel ya no era su hogar y tuvo la certeza de que había vuelto para despedirse.

Su madre retornó a la mesa con una caja de madera donde guardaba las agujas, hilos y otros útiles de coser. Se colocó unas gafas de leer de gruesa montura que Abai le compró en el mercado el último otoño.

—¿Padre duerme bien?

—Se despierta a veces, hay que acompañarlo a orinar. Se agita, mueve las piernas con fuerza y me da patadas. A veces se lo hace en la cama, pero normalmente se aguanta bien.

Abai escuchaba en silencio.

—Si se orina en la cama se pone muy inquieto, el pobre grita y llora.

A Abai se le hundía el corazón en el pecho al oír las palabras de su madre.

—Madre, no sé cómo podría ayudarlos.

Su madre dejó de coser por un instante y miró a su hijo por encima de las gafas de aumento. Este se dio cuenta de que estaba muy cansada, había adelgazado, sus ojeras se habían acentuado. Tardó un rato en responder.

—Abai, querido, me basto sola para cuidar de tu padre.

Supo que no dejaría a nadie interferir con los cuidados de su padre. Era su misión actual, su razón de existir. Se consagró a él el día en que se casaron y así habría de ser hasta su muerte. Era una mujer terca, dura, voluntariosa y muy religiosa. Su respuesta era absoluta y precisa. No admitía réplica. No necesitaba aclaración. Abai permaneció callado. Intuyó el doble sentido de su respuesta: por un lado, el de esposa dedicada con orgullo, por otro, el de madre compasiva. Con sencillez, sin ceremonias ni grandes gestos, haciendo una breve parada en su faena diaria, le había dado a entender claramente que no dejaría que nadie excepto ella cuidase de su marido y a la vez, que se centrara en su vida, que no se preocupara de los viejos, que eso era asunto de viejos. Que viva, que vibre, que ame, que camine su propia senda.

Al día siguiente despertó muy temprano. Se levantó y se acercó hasta la ventana. Miró hacia las colinas, el cielo empezaba a clarear, limpio y bello como en tantos otros amaneceres que había contemplado desde su barco, pero supo enseguida que el mar no había vuelto, el vacío seguía allí dolorosamente presente. En su mente quedaban retazos de un extraño sueño en el que se había encontrado en presencia de una bella mujer que no conocía caminando por la calle de una ciudad grande y extraña, cargada de luces, a altas horas de la mañana. Había visto un mar enorme y gigantescos barcos. Fragmentos de música, baile, labios rojos, olor a vodka, risas... Se vistió y salió de la casa sin hacer ruido. Sus padres todavía dormían. Cogió el hacha de su padre, la colocó en la carretilla de madera y se dirigió al bosque. Localizó un árbol caído, un viejo gigante gris rodeado de maleza, la madera todavía sin pudrir, y lo hizo pedazos. Primero lo despojó de ramas y las arrastró hasta los lindes del bosque. Luego, con el tronco ya pelado, se dedicó a trocearlo con golpes certeros, calculados, sin derrochar energía pero descargando su furia en cada golpe del afilado metal contra la indefensa madera. Le llevó tres horas despedazar al gigante caído, mares de sudor y arañazos por la cara y el cuerpo como si el viejo árbol hubiese estado defendiéndose. Se concentró en su faena, consiguió abstraerse de la realidad por unas horas, absorto en la mecánica de cada golpe de hacha. El sonido terrible y seco del metal contra el tronco parecía atemorizar al resto de los árboles. Luego cargó con cada madero hasta la carretilla, y una vez llena, la empujaba despacio pero con gran determinación hasta la casa de sus padres. La misma operación la repitió incontables veces aquel día, una y otra vez, hasta que el árbol caído se transformó en una gran pila de troncos en la trasera de la casa. Calculó que tendrían leña para más de dos meses, quizá tres. Su madre le contemplaba ir y venir sin decir nada. Para cuando terminó la faena, sudoroso y agotado, la mayor parte de la tarde ya había pasado. Le dolían las manos, la espalda, las múltiples raspaduras por todo el cuerpo. Se acordó de que no había comido desde la noche anterior. La furia le abandonó de repente. Se sentó en la escalera del porche, dolorido y abatido, exhausto. Respiraba hondo, los oídos le pitaban. De repente le entraron ganas de reír. Se acordó de su padre, volvió la cabeza y se lo encontró en el sitio de siempre, pero le estaba mirando. Se sobresaltó. Por un instante pareció que le había reconocido y que iba a decir algo. Se miraron. Abai creyó ver un atisbo de vida en su mirada, le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—¡Padre!

Luego hizo varios gestos repetitivos con la cabeza sin aparente sentido y el brillo de su mirada se volvió a apagar.

—Padre...

Repitió en una voz casi inaudible.

—Padre, sé que me has reconocido, lo sé.

Aquel breve instante había iluminado su día como un precioso destello mágico.

Su madre se asomó al porche.—Abai, deberías comer algo o vas a desfallecer. —Voy, madre.

Se levantó. Las piernas le temblaron un instante, el cuerpo dolorido. Se giró despacio, se acercó hasta su padre y le besó en la frente antes de entrar en casa.

Aquella noche soñó que el gran árbol caído le hablaba: —Abai...

Se sobresaltó, los brazos quietos en lo más alto justo antes de descender para asestar el siguiente hachazo.

—Abai, no temas. Puedes cortarme sin miedo, yo ya estoy muerto y no siento nada.

—Lo siento, yo no quería...

—No importa, no lo sientas. Sé que alimentaré el fuego que calentará a tus padres este invierno y eso me place. Continúa...

Abai continuó su faena. El viejo árbol siguió hablándole:

—Has de partir, muchacho. Aquí ya no hay nada para ti. El mar no volverá.

—¿No volverá?

—No. Se ha ido para siempre. Sus aguas buscaron otras aguas, sus peces buscaron otros peces. Otro océano te espera a ti también. La vida es un gran ciclo, un hermoso viaje con un principio y un fin. El mío ya ha terminado. Nací de una pequeña semilla, crecí a través de innumerables primaveras, soporté nieves y vientos helados, alcancé una altura que nunca creí imaginable. Llegó mi hora y lo acepté. Fui un árbol feliz. Tú has de buscar tu camino, surcar las aguas de tu propia felicidad. No

temas, sé valiente y siempre observa el mundo con los ojos del corazón: son los ojos de la sabiduría.

Despertó temprano, como el día anterior. Se levantó, le dolía todo el cuerpo. Se vistió y salió de la casa. El cielo empezaba a clarear por el este. Caminó hacia la caseta donde se guardaban las herramientas y se paró a contemplar la gran pila de leña que había amontonado el día anterior. Las palabras del viejo árbol de su sueño resonaron en su cabeza. Una vez en la caseta buscó bajo un ladrillo una vieja caja de metal donde guardaba sus ahorros. Volvió a la casa, sus padres aún dormían. Dividió los billetes en dos grupos: uno grande y otro pequeño. Cogió el fajo grande y lo metió en la caja de coser de su madre. El pequeño lo dobló cuidadosamente y se lo introdujo en el bolsillo. Luego, sin hacer ruido, volvió a salir de la casa cerrando con cuidado la puerta. Caminó varios metros antes de volver la mirada atrás: la casa se veía hermosa a aquella hora, bañada por la primera luz del alba. Las estrellas se apagaban poco a poco abrumadas por la intensidad creciente de la luz solar, un intenso fuego rojo teñía el horizonte. Le pareció un amanecer perfecto para comenzar una nueva vida.

3. Una ciudad sin alma en mitad de ninguna parte

Se limitó a cruzar un saludo con el pastor. Este contemplaba incrédulo el desolado paisaje mientras sus cabras curioseaban alrededor del Latón. Abai no quiso entretenerse más de lo necesario. Recogió lo que creyó imprescindible, lo metió en su viejo saco de lona y partió, sin las ideas demasiado claras, pero lleno de determinación. Dejó al pastor de cabras con la palabra en la boca. No tenía ánimos de pararse a charlar, compartir su frustración, su amargura, su dolor. Se alejó con paso decidido haciendo un gran esfuerzo por no mirar atrás. Se acordó de Idurk, el gran esturión, y giró la cabeza, sin detener la marcha en dirección al lugar donde yacía. Desde el camino pudo contemplar el esqueleto del viejo rey completamente pelado. Solo quedaban los huesos, pero incluso de aquella manera seguía siendo un animal hermoso. “Adiós, Idurk”. Sintió una punzada en el corazón. “Adiós, Latón”.

Caminaba con gran ímpetu, tanto que tardó casi tres horas en hacer un primer descanso, junto a una fuente. El cuerpo sudoroso, los pies calientes, la garganta seca. Se refrescó la cara y el cuello y bebió agua fresca. Llenó de agua una botella de vidrio transparente y se sentó en una roca. Sentía un hormigueo en el pecho, una intranquilidad mezclada con emoción: la emoción de hacer frente a

lo desconocido, el entusiasmo de comenzar de nuevo casi con lo puesto, pero lleno de ánimo, energético, imparable. El sol comenzaba a fustigar sin piedad el paisaje monótono de arbustos y colinas. Se puso en pie, volvió a colgarse el saco a la espalda y reemprendió la marcha, colina abajo, un poco más sosegado.

Había oído hablar en alguna ocasión de un mar más grande, extenso, profundo, lleno de grandes bancos de peces, cuyas aguas eran surcadas por cientos y cientos de barcos de todos los tamaños. Incluso aviones aterrizaban y despegaban de sus aguas, lo cual estaba ansioso por ver con sus propios ojos. No sabía muy bien qué iba a hacer, no había esbozado ningún plan en su cabeza. Se dirigía hacia el mar instintivamente: el mar era su modo de vida, en el mar se sentía como en casa. Sabría ganarse la vida: pescar, navegar... Haría lo que fuera. Echaba de menos su olor, el ruido de las olas, la brisa cargada de humedad y de sal, su omnipresente vastedad, la oscuridad de sus entrañas, la nítida línea del horizonte siempre inalcanzable, siempre presente, siempre perfecta. Se acordaba de su amigo Toksan, de cómo había emprendido el mismo camino que él tres años atrás, después de una fuerte pelea con su padre. No había sabido nada de él desde que se fue. Nadie había sabido nada de él. Albergaba en secreto el deseo de encontrarlo. Pensó en su madre, cómo encontraría el fajo de billetes en su caja de coser, probablemente por la noche, después de acostar a su padre. No se despidió de ellos. No de palabra. Aquel gesto lo decía todo: me voy, os quiero, os echaré de menos, no sé cuándo volveré. Las cabras del rebaño contemplando el Latón como si se tratara de un objeto extraterrestre.

El camino bordeaba monótonas colinas, prolongados ascensos y descensos, curvas abiertas a derecha e izquierda. Caminaba con la sola compañía del murmullo de sus pensamientos y el sonido seco de sus pasos, rítmicos, monótonos, incansablemente hacia adelante. Tardó unos instantes en reconocer el sonido de más pisadas, distantes, detrás de él. Se giró y vio a lo lejos la figura de un carromato aproximándose. El sonido se iba acercando. Giró hacia atrás la cabeza varias veces. El sonido de las poderosas pisadas del percherón, del chirrido del eje de las ruedas y el crujir de las juntas de la madera del carro, pronto se hicieron bien distinguibles. Cuando llegó a su altura, el carro paró. Le invitaron a subir y aceptó gustoso. El carro iba cargado con sacos de carbón. Se acomodó en la parte de atrás. Un muchacho de unos diez años giraba la cabeza constantemente para contemplarlo, el pelo cortado a cepillo, los ojos grandes y curiosos. Le preguntó su nombre y el muchacho le dijo el suyo. Su padre, a su lado, llevaba las riendas, sin mirar atrás, con aparente despreocupación. Comenzó a cantar en voz baja. El niño abandonó el lugar junto a su padre y se sentó junto a Abai. Le preguntó a dónde iba, qué iba a hacer, si conocía a alguien allí. Abai le respondió que viajaba para encontrarse con un amigo, que tenía un barco y que iban a pescar

grandes peces en el gran mar. Sabía que mentía, o quizá no, pero no le importó. Era un deseo y, quizá, al expresarlo de aquella manera, la suerte se inclinaría un poquito más hacia su lado. El muchacho comenzó entonces a hablar en susurros: le contó que su padre le había sacado de la escuela y lo había puesto a trabajar con él llevando carbón o cualquier otra mercancía que se terciase de un pueblo a otro, de mercado en mercado.

—¿Y no te gusta?

—No. Estaba mejor en mi casa, con mi madre, mis amigos...

Abai echó una mirada al padre. Seguía cantando. Las espaldas anchas, el pescuezo rollizo quemado por el sol, la cabeza cubierta por una gorra militar salpicada de innumerables lamparones negros.

—¿Te gustaba más la escuela? El muchacho se pensó unos segundos la respuesta. —Tampoco mucho... Abai sonrió.

—A mí tampoco me gustaba la escuela. Pero sí que me gustaba salir a la mar con mi padre. Él quiso que yo estudiase pero yo no quería estudiar. Me gustaba demasiado el ruido del motor del barco al arrancar y cómo echaba a andar, mar adentro, rompiendo la superficie del agua. Cada vez era como una aventura nueva.

El muchacho le miraba con sus grandes ojos negros.

—Mi padre me hacía trabajar duro a propósito, pero yo me daba cuenta y no consiguió que desistiera. Abai interrumpió su relato. Su mente se vio inundada por una sucesión de imágenes de su padre, el Latón, el mar, las redes llenas de peces... Tuvo un súbito ataque de nostalgia.

—¿Y qué pasó?

—Trabajamos juntos muchos años. Luego él enfermó y me hice cargo del barco.

—¿Tú solo?

—Sí. Se convirtió en mi casa. Pero ahora todo eso ya es pasado.

El muchacho le miraba con ojos inquisitivos sin abrir la boca.

—El mar desapareció.

—Entonces... Es verdad lo que decían en el último pueblo, nadie hablaba de otra cosa.

—Sí. Tan cierto como que estamos rodeados de sacos de carbón.

—Caramba. Por eso te vas con tu amigo, a pescar a otro mar. —Cierto.—Yo creo que también me habría gustado el barco.

Abai se ofreció a ayudarles. El padre desató al caballo y mandó al hijo a por forraje. Los clientes llegaron en rápida sucesión: un saco, dos sacos, medio saco... En poco más de media hora ya se había vaciado medio carro. Unos llevaban los sacos al hombro, otros en carretillas. Una señora pequeña y delgada se lo cargó a la espalda. Abai quedó sorprendido de su vigor. El saco abultaba casi tanto como ella. Pensó que no era tan vieja como aparentaba. El padre manejaba el dinero con soltura. Algún cliente quiso regatear sin éxito. El fajo de billetes doblados, ajados y sucios entraba y salía con ligereza del bolsillo del pantalón. Se palpó el propio bolsillo para cerciorarse de que su dinero seguía allí. La segunda mitad del carro tardó más en vaciarse, pero en unas dos horas, ya no quedaba nada excepto manchas negras y polvo de carbón. Abai fue invitado a comer, una salchicha ahumada con fideos fríos. El padre hablaba poco, el hijo devoraba la comida. Después de comer partirían de vuelta a casa y él seguiría su camino. Se informó sobre el pueblo siguiente, Makyu, a treinta y siete kilómetros, un pueblo nuevo, industrial, junto a unas minas de níquel y cobalto. Demasiado lejos para llegar andando en el día. ¡Solo era su primer día de marcha! Notaba dos ampollas en la planta del pie derecho.

—Claro que si encontraras transporte podrías llegar hasta Ulya. A partir de Makyu la carretera es asfaltada. Siempre hay camiones entre Makyu y Ulya, llevan mineral a las fábricas.

La duda era si partir aquella misma tarde y hacer noche por el camino o descansar en el pueblo y salir temprano al día siguiente. El padre y el hijo se despidieron de él. El muchacho giró la cabeza y le sonrió una última vez desde el carromato en movimiento. Era una sonrisa de “buena suerte”. Se cargó el saco de lona al hombro y dio una vuelta por el mercado, los puestos ya en retirada. Compró dos manzanas. Preguntaba si alguien iba en dirección Makyu. Casi todos iban en dirección

contraria, el resto eran locales. Por fin dio con una familia uigur, los reconoció por los colores de sus vestimen- tas. Se entendían en ruso. Iban a Makyu a visitar a unos familiares que trabajaban en la mina. Lo podían llevar en la parte trasera de la camioneta, ya que después del mercado quedaba vacía. Fueron en dos vehículos, ambos llenos a rebosar. La camioneta la conducía el padre, mas la hija, el yerno y el hijo pequeño de estos, todos en la cabina. Por delante, un viejísimo coche familiar que parecía se iba a romper en cualquier momento. Abai contó al menos ocho perso- nas dentro del coche, incluyendo dos niños. Circulaban despacio, a unos veinte metros el uno del otro. El aire se llenó de polvo. Él sonreía al contemplar el paisaje quedarse atrás con presteza. Le recordó a los buenos momentos, cuando navegaba con celeridad sobre el Latón, el mar en calma, rumbo a casa.

Makyu era una ciudad pequeña plantada en medio de ninguna parte. El único motivo de su existencia era la proximidad de la rica mina de níquel y cobalto. Calles rectas, paralelas, cruzán- dose en ángulo recto formando cuadrículas iguales. Nada se olvidó en su concepción: hospital, cine, biblioteca, hoteles, pensiones, bares, monumentos, plazas, y bloques de viviendas, de dos pisos de altura, todos iguales. Se despidió de los uigures rechazando y agra- deciendo varias veces su hospitalidad. Quería descansar tranquilo e intuía que no iba a ser posible si seguía con ellos. El aire olía a polvo de mineral y a diesel. Localizó un hotel, que en realidad era una pensión barata, y pagó una noche en una habitación a compartir con otras tres personas. Estaba cansado. Se lavó la cara y se dejó caer encima de la cama. Dos literas ocupaban la habitación. Se apropió de una de las camas de abajo. Miró alrededor: no parecía que nadie más ocupase aquella habitación. Estaba limpia, pero olía demasiado a detergente para suelos. Respiró hondo y cerró los ojos. Se durmió pronto.

Le despertaron las voces de dos hombres hablando en ruso por el pasillo. Risas. Había dormido profundamente. Las voces pasaron de largo. Se sentó en el borde de la cama, seguía siendo el único ocupante de la habitación. La luz natural que entraba a través de la ventana se había atenuado bastante. Calculó que habría dormido unas tres horas. Sentía un vacío en el estómago, se levantó despacio, los pies le dolían, se arrimó a la ventana: una mujer de unos cincuenta años caminaba con paso firme por la acera opuesta. Llevaba zapatillas de casa.

Tenía que comer algo y encontrar transporte para el día siguiente. Bajó un piso hasta la recepción y preguntó a una recep- cionista (cuando llegó era un hombre el que atendía el mostrador) de cara pálida, ojos claros y pelo aplastado recogido en una coleta, donde podría comer algo. Esta le indicó un bar restaurante unos metros más abajo, en la misma acera. Luego le preguntó directa- mente cómo encontrar un camión que le llevase a Ulya. Ella hizo una mueca antes de contestar, dando a entender que no estaba allí para responder a preguntas complicadas. Con mal disimulado esfuerzo le

indicó otro bar restaurante, en la otra punta de la calle, donde podría encontrar algún camionero. También le explicó, sin que Abai se lo pidiera, que había un servicio de autobuses, dos veces al día, que le llevarían hasta Ulya. Abai dio las gracias y salió de la pensión. Caminó la larga acera, las casas iguales. Pensó que era un lugar sin alma. Encontró el restaurante, ocupó una mesa y pidió un filete con arroz y berenjenas. Miraba alrededor: localizó una mesa, tres hombres jóvenes habían terminado de cenar y tomaban café y vodka. Charlaban tranquilamente. Cuando terminó su cena se acercó a ellos. Los tres eran camioneros. El que parecía más joven se ofreció a llevarle a Ulya, pero debería estar a las siete en punto cerca de la puerta C de la mina, “pero no en la misma puerta”, insistió. Pagó su cena y caminó de vuelta hacia el hotel.

Durmió poco. Un nuevo inquilino entró en la habitación a altas horas y se acomodó en la cama de abajo de la otra litera. Le despertó. No sabía qué hora era. A partir de entonces solo durmió a ratos, temía que se le pasara la hora. Abandonó el hotel con mucha antelación, la recepción vacía, el cielo todavía oscuro, la calle desierta. No le gustaba aquel lugar: ni la pensión, ni la ciudad. De camino a la mina se comió las dos manzanas que compró en el mercado. Una vez allí se mantuvo a una distancia de la puerta C, como le habían indicado. Se levantó una brisa fría y seca, cargada de olor a mineral y se acordó del viento frío, tan húmedo y salado de los amaneceres en el mar. Miraba con ansiedad los camiones abandonar el recinto vallado, pesados, rugiendo a aquella hora tan temprana, llenando el aire de humo negro, esparciendo su fragancia a diésel quemado. El tercer camión era el suyo, reconoció al conductor y le hizo una seña con el brazo. Era un hombre joven, de un pueblo cerca de Makyu, soltero. Vivía en una pensión y tampoco le gustaba aquel lugar, pero se ganaba un buen dinero. Soñaba con tener su propio camión. No hablaron durante un buen rato. La carretera era llana, como el terreno, las colinas habían desaparecido, casi desértico. Poco tráfico, en su mayoría camiones que iban y venían de la mina a las fábricas de turbinas, imanes y baterías de Ulya. Solo hacía un día desde que abandonó la casa de sus padres y sentía que había pasado mucho más tiempo. Se empezó a relajar, cómodamente sentado sobre el mullido asiento. Le costaba acostumbrarse a viajar contemplando el paisaje a través del cristal, sin sentir el sol en su cara, el viento, los olores de la tierra, los arbustos... Allí dentro se estaba cómodo, pero olía demasiado a combustible y cigarrillos.

El sol se alzó de prisa y comenzó a verse una estructura alargada, negra y rectilínea a mano derecha, paralela a la carretera. Preguntó qué era aquello.

—Un gasoducto. Lleva gas hasta Manqdash, en el mar Caspio.

“¡El mar Caspio!”. Sintió una súbita alegría. Casi podía sentir su proximidad.

—¿Está lejos?—Un buen trecho. Pero nunca he estado. —¿Hay muchos barcos en Manqdash?El camionero le miró extrañado. —Supongo... es un puerto de mar. ¿Fumas? —No.

Le ofreció un cigarrillo. Se animó a hablar después de encender uno, mientras daba caladas llenando la cabina de humo blanco. Eran cinco hermanos, vivían del campo, pero él no quiso saber nada de aquella vida. Soñaba con un camión, dinero y comodidades. Abai hacía un esfuerzo por comparar su odisea a la suya: un camión, un barco, partir, volver... Se le antojaba una vida demasiado controlada, demasiado dependiente de órdenes, un trabajo demasiado ceñido a una rutina, a una ruta, una carretera. Nada comparable con navegar en su propio barco sobre el ancho mar, la aventura de cada día, hoy aquí, mañana allá, a merced de las inclemencias del tiempo, los caprichos de las corrientes. La incomparable emoción de recoger las redes. No le envidiaba, pero sí llegó a impresionarle la soltura con la que se desenvolvía en aquel mundo tan ajeno al suyo. En el fondo, se sentiría afortunado si no fuera por que le habían quitado su mar. Oyendo hablar a su improvisado compañero de viaje, estaba más determinado que nunca a encontrarlo.

El tiempo pasaba, la carretera larga y monótona. El sueño se apoderó de él. Soñó con el Latón, con Idurk que se asomaba a la superficie del agua y le miraba con ojos brillantes, con receptionistas de pelo aplastado y mirada antipática, con nubes que se transformaban en la cara de su padre, ciudades cuadrículadas con habitantes que no sonreían, familias uigures de coloridas vestimentas... Despertó con el cuello dolorido. Ulya empezaba a verse en la distancia. El camión adelantó a un carro tirado por una mula flaca. A las riendas, un muchacho joven, casi un niño. El conductor murmuró algo que no entendió. Miró a su derecha: el gasoducto ya no estaba. Pensó que había perdido el hilo conductor que le llevaría hasta el mar.

—¿Aquello es Ulya?

—Sí.

Las casas empezaron a hacer su aparición a ambos lados de la carretera como brotes de vegetación espontánea y anárquica. Coches, más camiones, gente que iba y venía. Los edificios crecían en altura, los carriles se duplicaron. El camión se desvió de la ruta principal que parecía llevar al centro de la ciudad y tomó una carretera que bordeaba el río, ancho, de aguas opacas, fajado entre gruesas

paredes de hormigón. Se acercaban a un largo puente de hierro, una estructura imponente que dejó asombrado a Abai. El camionero activó el intermitente y paró el camión a un lado de la carretera.

—Será mejor que bajes aquí, la fábrica está al otro lado del río, tendrías que andar mucho más...

Se despidió de él, le dio las gracias y bajó del camión. Lo contempló alejarse, lento y pesado, exhalando humo negro por los tubos de escape. Luego se echó el saco de lona al hombro y comenzó a andar en dirección a la ciudad.

Ulya era una ciudad grande, de anchas avenidas, donde alternaban edificios modernos con otros viejos de aspecto cochambroso, coches modernos, viejos, ciclomotores milagrosos y carros tirados por animales. Recorrió una larga avenida de árboles raquíuticos y monumentos de piedra y bronce hasta que llegó a una zona donde las casas parecían erigirse sin ningún tipo de control urbanístico: viviendas de tres y cuatro pisos, de reciente construcción, junto a viejas moradas de una planta que parecían chabolas, aquí un almacén de repuestos varios, allá una tienda de alimentación, una barbería o una frutería. Dio un giro de noventa grados y tomó una calle muy transitada por peatones que pronto se estrechó abruptamente para volver a abrirse a lo que parecía una plaza. Le llegaron los aromas de un puesto de comida callejera, se dirigió hacia él y pidió dos arenques asados al carbón sobre una parrilla mugrienta, que le sirvieron con un pan plano y verduras. Devoró la comida con avidez, sentado sobre un taburete bajo de madera. A su lado la multitud iba y venía, ajena a él, poseída por el embrujo capcioso de la prisa. Se sintió feliz con el estómago lleno. Había llegado hasta Ulya en su segundo día de marcha, ahora debía encontrar la manera de llegar hasta Manqdash. Le preocupaba que la policía le pidiera la documentación, nunca había llegado tan lejos y eso le hacía sentirse vulnerable. Poseía un pasaporte en regla, renovado obligatoriamente cuando cumplió veinticinco años, que hacía las funciones de documento de identidad. No debería encontrar problemas, pero llegar hasta Manqdash suponía un salto cualitativo importante en su viaje. Entabló conversación con la persona que asaba los arenques y averiguó que Ulya poseía estación de ferrocarril: un tren partía todas las mañanas en dirección a Manqdash. Le preguntó si encontraría muchos barcos allí, y aquél le miró con sorpresa, como había hecho el conductor del camión ante la misma pregunta. No le dio tiempo a responder, pues tuvo que atender a otro cliente hambriento. Abai se echó el saco al hombro una vez más y partió en busca de la estación de ferrocarril. Tenía tiempo. Si decidía viajar en tren, este no saldría hasta la mañana siguiente. Buscaba entre la multitud un rostro amable a quien preguntar por la estación. Un muchacho alto y espigado de cara sonriente le mostró el camino.

La encontró pronto, un edificio sobrio cuyo vestíbulo estaba sembrado de bancos duros de madera y presidido por un enorme reloj que Abai contemplaba incrédulo. Nunca había visto un reloj tan grande. Recordó con nostalgia el viejo Vostok de su padre. Se acercó hasta una ventanilla de venta y preguntó el precio de un billete hasta Manqdash. El vendedor pareció molestarse cuando Abai, en vez de comprar un billete, se retiró hasta un banco y se sentó. Meditaba si debería comprar un billete de tren o buscar otro medio de transporte. No era una gran suma de dinero pero tampoco despreciable. Al rato se decidió, se acercó otra vez hasta la ventanilla y compró el billete más barato. Luego, con el billete en la mano como un preciado tesoro, buscó un banco tranquilo, colocó el saco a modo de almohada y se tumbó a descansar. Decidió que dormiría allí si nadie se lo impedía. Contemplaba el enorme reloj del vestíbulo de la estación como si se tratara de un fenómeno de la naturaleza. Volvió a acordarse del viejo reloj Vostok de su padre: podía revivir fielmente el tacto de su esfera lisa y brillante y el relieve metálico de su correa. El minutero del gran reloj dio un pequeño salto como si hubiera despertado de un exiguo letargo para inmediatamente volver a caer dormido. Las cinco y veinte de la tarde: quedaba una larga espera hasta el tren de la mañana.

4. Tormentas de arena y submarinos que duermen en el fondo del mar

Voces un tanto alarmadas le sacaron de su ensimismamiento. Algún grito aislado. Abandonó la postura horizontal y se sentó en el banco en un movimiento casi reflejo. Los viajeros que ocupaban el vestíbulo se habían acercado hasta los altos ventanales contemplando la calle. La puerta se abrió bruscamente y un matrimonio de mediana edad entró con prisas, acompañados de un clamoroso alboroto de viento. Cerraron la puerta detrás de ellos y el ruido volvió a sonar lejano. Dentro parecía reinar la confusión y el asombro. Se acercó hasta los ventanales y preguntó a la persona más cercana qué estaba ocurriendo.

—¡Una tormenta de arena!

Nunca se había visto en medio de una tormenta de arena. La había visto desde muy lejos en al menos dos ocasiones. Miraba con fascinación cómo las últimas personas que quedaban en la calle corrían a refugiarse, hasta que esta quedó desierta. Casi al mismo tiempo el fuerte viento comenzó a lanzar millones de diminutos granos de arena en todas direcciones, estrellándolos contra los ventanales, las paredes, el suelo, cualquier estructura que se encontrara en su furioso progreso,

formando remolinos, lazos, extravagantes rúbricas. Solo se veía arena enloquecida relleno de cada poro de piel de la ciudad. Una sombra inquietante invadió el vestíbulo.

No supo cuánto duró aquel espectáculo. Tan pronto como llegó, se desvaneció. Algunos pasajeros que llegaron tras la tormenta comentaban que esta solo había pasado por Ulya de refilón, que viajaba hacia el norte y con su flanco oeste había arañado la ciudad. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Abai contemplaba con curiosidad las expresiones en las caras de la gente, escuchaba divertido cómo variaban los tonos de voz explicando esto o aquello. Volvió su mirada hacia el gran reloj: las ocho y siete minutos. El vestíbulo se había poblado considerablemente debido al retraso de algunos trenes. Pasajeros intranquilos atosigaban a preguntas a los empleados parapetados tras las ventanillas de venta. Tres trenes llegaban con retraso y, por lo tanto, saldrían con retrasos que variaban entre hora y media y tres horas. Abai escuchaba las mismas preguntas y las mismas respuestas una y otra vez, el hartazgo de los vendedores de billetes era evidente en sus voces y en la expresión de sus caras.

“Dos horas de retraso, señor... Sí, eso es... No, ya le he dicho que no sabemos nada más... Siguiendo, por favor... Aproximadamente tres horas... Sí, eso es... No es culpa mía, señora... El tren llegará, es todo lo que sabemos, ¡no le puedo decir si su marido va en él!... La vía está bien... Dos horas de retraso, señor... No, no sabemos nada más... Claro que puede ir por carretera... ¡No puedo decirle lo que no sé!... Si, dígame... Hora y media aproximadamente... No, no hay problemas... ¿Billete a dónde?... Claro, claro... ¿De dónde dice usted que viene?... Llegará tarde, seguro, unas dos horas, ya se lo he dicho... Puede volver mañana... Mire, yo no puedo predecir el futuro...”.

Las horas pasaban. Bebía un vaso de té que le sirvió un vendedor ambulante. Los trenes habían ido llegando y partiendo y, poco a poco, el vestíbulo de la estación se fue despoblando hasta quedar casi vacío. Las ventanillas cerraron. Una mujer de unos sesenta años barría el amplio suelo despacio, empujando un carrito que contenía un cubo grande metálico donde iba vaciando la basura barrida del suelo. Las piernas arqueadas, parecía cojear levemente, la expresión de su cara, inmutable. El reloj: las diez y treinta y siete minutos. La noche, en el exterior, cerrada. La temperatura dentro del vestíbulo había descendido considerablemente, se enfundó un jersey verde musgo de lana que guardaba en el saco y volvió a echarse sobre el banco. Las diez y treinta y ocho... La señora que barría llegó hasta él y pasó la escoba por debajo de su banco. Quiso ignorarla pero no pudo evitar mirarle a la cara. Ella también le miró. Ojos claros, pelo gris recogido, la frente surcada de arrugas: cada una parecía contar una sufrida historia.

—¿Hacia dónde viajas?

A Abai le sorprendió la pregunta. Tardó unos instantes en responder.

—Manqdash.

—Manqdash... ¿Tienes familia allí?

—No.

Ella dejó de barrer apoyándose sobre la escoba.

—¿Qué negocios te llevan hasta allí?

—Eh... no lo sé. No estoy seguro.

—¿Sin rumbo...?

—Voy buscando el mar. Yo era pescador y el mar se fue, desapareció.

—El mar...

El semblante de la mujer se llenó de tristeza.

—Yo tenía un hijo como tú.

Abai no se atrevió a preguntar.

—Murió. El mar se lo llevó.

—Lo siento. ¿También era pescador?

—No. La marina, un submarino fue su tumba. No volví a verlo más.

—Lo siento. ¿Tiene más hijos?

—Sí. Tres hijas y un hijo.

A Abai le parecía ahora que destilaba dolor por cada poro de su piel, en cada movimiento, cada gesto. Un dolor invisible, profundo, helador como las aguas profundas del océano. Ella reanudó su tarea.

—Cuídate, muchacho.

—Gracias, lo haré.

Le conmovió aquella breve confesión. No podía quitarse de la cabeza la imagen de un joven como él muerto, sepultado en las profundidades del océano sin poder despedirse de los suyos y sin que estos pudieran darle el último adiós. ¡Qué tragedia! Conocía el mar, lo amaba, pero también había aprendido a respetarlo. ¡Qué habría pasado por la mente de aquel pobre hombre antes de morir, al saberse atrapado y sin salida! ¡Qué angustioso final! El mar era hermoso y cruel a la vez, lo sabía, pero no por ello dejaban de impresionarle las historias de naufragios, tempestades, cuerpos arrojados a la orilla yaciendo inertes sobre la arena, escupidos sin dignidad por el inmenso coloso en una demostración frívolamente despiadada de poder. Cuando no desaparecidos, engullidos para siempre en sus insondables abismos. Siempre recordaría la imagen de aquel pescador a quien no conocía, su cuerpo hinchado, deformado, con signos de haber sido mordisqueado por las bestias del mar. Su curiosidad pudo con los esfuerzos de su padre porque no presenciara la escena.

—¡Abai, he dicho que vayas a casa!

Era solo un niño de siete años pero aquella imagen le acompañaría el resto de su vida. Sí, el mar era hermoso pero cruel.

Le despertó otra vez el sonido de voces. Dos hombres de unos cincuenta años acababan de entrar en el vestíbulo. Las seis y doce minutos. Conversaban en voz alta, ajenos a su presencia y a la de un matrimonio mayor que también había pasado la noche allí. Hablaban del hijo de uno de ellos, de cómo había comenzado un negocio de artículos electrónicos pero que por lo visto no se aplicaba lo suficiente en la faena, la mujer de este tenía que hacerse cargo de la tienda la mayor parte del

tiempo, además de cuidar de la casa y de dos hijos pequeños. El padre sonaba realmente enojado y aireaba su indignación en voz alta. Abai se sentó en el banco, se atusó el cabello y miró a los dos hombres: dedujo, por su parecido físico, que eran hermanos. Bostezó. Tenía hambre (no había comido nada desde el día anterior a medio día) y ganas de vaciar la vejiga. Recogió su saco-almohada y se dirigió al baño de la estación, se lavó la cara y vació la vejiga. Volvió al vestíbulo: las seis y dieciocho minutos. Quedaban menos de dos horas para el tren de las siete cincuenta y siete a Manqdash. Salió al andén principal, el cielo todavía oscuro, el aire frío le golpeó la cara y le llenó las fosas nasales de la esencia a diésel quemado y grasa de maquinaria pesada que impregnaba las traviesas de madera de la vía. Se acercó hasta el borde del andén y miró a derecha e izquierda: una luz roja brillando a lo lejos, el depurado paralelismo de las vías convergiendo en la distancia. Reinaba el silencio, solamente roto por el tenue ulular del viento. Se abrió una puerta, salió un individuo con una chaqueta de uniforme desabrochada y una gorra con la visera demasiado levantada. Andaba despacio, parecía que también acababa de despertar. Encendió un cigarrillo. Abai le miraba curioso pero él le ignoró. La brasa del pitillo cobraba vida con cada calada, se atusó la camisa por dentro del pantalón mientras sujetaba el cigarrillo con los labios, luego se llevó una mano a la visera de la gorra y se la colocó en una posición más ortodoxa. Había repetido aquella rutina miles de veces. Abai contempló unos instantes el letrero, en la parte alta de un poste metálico, que anunciaba el nombre de la estación: cuántos miles, quizá millones de ojos se habrían posado sobre aquellas letras. Volvió a mirar a las traviesas de madera de las vías, tan uniformemente talladas, colocadas en perfecta sincronización. Todavía le dolían las manos de haber manejado el hacha de su padre durante horas. Recordó la historia de la señora que limpiaba el vestíbulo, y cómo una sombra parecía acompañarla a todas partes. Creía haber soñado algo relacionado con ello, no podía recordar ningún detalle pero le había dejado un amargo epílogo en el corazón, de aguas profundas, carnes blancas maceradas y miradas inertes. Contemplaba el duro acero de las vías, tan pulido en su parte superior por el paso de tantos trenes. Cuánto más feliz había sido el metal de su barco, a pesar de la corrosión.

El repique agudo y repetitivo de una campana le sacó de sus pensamientos, sonaba como una alarma. Buscó con la mirada al individuo del uniforme, se había abotonado la chaqueta y miraba fijamente en una dirección, apostado en el borde del andén. Abai hizo lo mismo. Se aproximaba un tren, una luz blanca brillando en la distancia, cada vez más brillante, más cercana, pero la máquina no disminuía la marcha. Miró hacia atrás: no había pasajeros esperando. El ruido iba en aumento, la velocidad no disminuía, su compañero de andén no se inmutaba, él dio dos pasos hacia atrás. La máquina parecía un gran cíclope mecánico, con aquella gran luz en la frente, devorando millas y millas de rail. El tren por fin llegó hasta la estación y pasó delante de ellos como una exhalación. El

ruido era ensordecedor y además levantaba un vendaval a su paso. Abai se apartó más lejos y volvió la cara hacia otro lado. Por el rabillo del ojo veía pasar a gran velocidad vagones cisterna, otros rectangulares, cerrados, otros cubiertos con una lona... Era un largo tren de mercancías en dirección Manqdash. Le pareció increíblemente largo. Se maravilló de cómo la máquina podía tirar de todo aquel peso. Pasó de largo con la misma presteza que había llegado y contempló el último vagón perderse a lo lejos, más y más pequeño, con su ruido y su tempestad particular. El individuo del uniforme volvió a su oficina y quedó solo en el andén, el cielo empezaba a clarear como si el paso de aquel tren anunciara el amanecer. Él también dio media vuelta y volvió al vestíbulo. Se alegró al encontrarse a una joven regordeta que servía té de un cilindro metálico con un pequeño grifo cerca de la base y unos panecillos cubiertos de semillas de sésamo que formaban una curiosa pirámide. Lo llevaba todo encima de un carro de madera de tres ruedas. Le compró un vaso de té y dos panecillos y pronto se sintió en forma otra vez.

5. ¿Pesano mucho?

Le escuchaba relatar sus historias sin poder dejar de preguntarse quién era realmente aquel individuo y qué estaba haciendo allí. Siempre había pensado que los héroes de guerra vivían un retiro glorioso lleno de honores y comodidades, pero aquel no parecía ser el caso de Misha Morózov, esto es, si realmente era quien decía que era. Señaló una de las medallas que le colgaban del pecho, golpeándola suavemente con el dedo índice varias veces.

—Defensa de Stalingrado...

Los hombres le escuchaban absortos, las mujeres con muy poco interés. Abai se encontraba en la tercera fila de gente, junto a un hombre mayor que él que llevaba dos días viajando en el tren. Al otro lado, dos mujeres y un hombre jugaban a las cartas.

—Este pobre idiota vive para esto.

—¿Qué quiere decir?

Abai se mostró sorprendido ante el comentario de su compañero de viaje. Este dio una calada a su cigarrillo antes de responder.

—Que esto es a lo que se dedica. Viaja en el tren de un lado para otro contando historias de la guerra y mostrando sus medallas.

—¿Quiere decir que se pasa el día viajando? —Yo creo que vive en el tren.—¿En serio?

—Es la tercera vez que hago este viaje. Siempre está aquí contando sus historias.

Abai volvió a mirarle: de repente su gorra de plato, su vieja guerrera y sus medallas parecían un disfraz. Se imaginó que dentro de él habitaba un anciano delgado y frágil en calzoncillos y camiseta de tirantes. Sonreía con frecuencia y le brillaban los ojos.

—¿Son verdaderas sus historias? —Quién sabe... No importa mucho, ¿no? —No, supongo que no.

Pensó que podría haberse escapado de algún hospital psiquiátrico, o quizá ya le habían dado el alta hospitalaria. “Cómo es posible que alguien viva en un tren... Si es veterano de guerra tendrá el pasaje gratis... ¿Y su familia?... Quizá no tiene familia. Tampoco hace mal a nadie...”. Empezó a parecerle un pobre viejo olvidado, un poco chiflado, necesitado de atención. Seguramente sus historias eran reales, como sus medallas, con pequeños cambios aquí y allá, alguna exageración, alguna omisión...

Lo cierto es que Mijaíl Morózov se alistó en el ejército en la primavera de 1942 y permaneció en él hasta el otoño de 1967. Consiguió, por sus méritos, una buena jubilación, temprana y con derecho a disfrute de un pequeño apartamento de una habitación en la “Ciudad de Veteranos de Guerra”, en la recién creada Manqdash, a orillas del mar Caspio. Nunca se casó, su verdadera familia había sido el ejército, pero se aburría enormemente en su nueva vida. Pronto se dio cuenta de que no le gustaba la playa ni dar largos paseos a la orilla del mar, así que se dedicaba a ver la televisión durante horas y horas en el salón del veterano y a beber vodka. Un día tuvo que viajar en tren a Chelyabinsk. Se puso sus mejores galas a pesar de que el viaje duraba días: echaba de menos el respeto que infundía su uniforme en la población civil. Viajaba orgulloso, enfundado en su flamante uniforme, impasible ante las miradas del público, aparentando indiferencia. Un niño de diez años se sentó frente a él. No le quitaba ojo de encima, en particular a la colección de medallas que lucía en el pecho. A Misha Morózov le pareció demasiado descarado y buscó a la madre con la mirada, sentada junto al niño, como si esta pudiera leer sus pensamientos y así reprender a tan descarado mocoso, pero antes de que esta pudiera devolverle la mirada, el niño le lanzó una pregunta.

—¿Pesan mucho?

Le dejó perplejo. Esperaba, si era el caso, otro tipo de pregunta, como “¿es usted un héroe?”, “¿Ha estado en la guerra?”, “¿Cómo ha ganado tantas medallas?” o algo similar.

—Eh... no, pesan muy poco.

Respondió con seriedad, seco y conciso. Quería manifestar, sin decirlo expresamente, que no le importunara con tonterías. El niño captó enseguida el mensaje implícito y bajó la mirada avergonzado, pero algo provocó aquel gesto infantil en el corazón de Morózov, que le hizo sentir pena por el muchacho. Era un niño curioso, como todos, pero también valiente y de sentimientos nobles.

—No pesan mucho pero cuesta mucho ganarlas.

El niño levantó la mirada y se le iluminó la cara. Morózov casi sonrió. Se había convertido en un hombre tosco y algo vanidoso.

—¿Las ha ganado en la guerra? —Algunas.—¿En la guerra mundial?—Esa misma. ¿Qué sabes tú de la guerra?

Comenzó a charlar con el muchacho y a sentirse a gusto respondiendo a sus preguntas. Se fue distendiendo. Se dio cuenta de que sus relatos atraían la atención de otros pasajeros, al principio tímidamente, luego ya sin disimular su interés se giraban a escuchar al uniformado militar. Algunas personas sentadas en zonas contiguas también se acercaron a escucharle. Se convirtió, en unas horas, en un pasajero famoso, la atracción del tren. Fue tal la seducción de aquella experiencia, que estuvo deseando que terminaran en Chelyabinsk los festejos del vigesimoquinto aniversario del fin de la guerra para volver al tren a repetir tan emocionante vivencia. Ocurrió lo mismo en el viaje de vuelta: él relatando historias ante una improvisada audiencia entregada. Descubrió un talento oculto: el de narrador. Comenzó a darse cuenta de qué partes del relato gustaban más, aprendió a recrearse en detalles, adornarlos de fantasía, el recuerdo se desdibujaba en favor de la ficción. Cuando el tren llegó de vuelta a Manqdash no tenía el menor deseo de volver a su aburrido retiro. Así que, aprovechando su pasaje gratuito como veterano de guerra, se dedicó en los meses siguientes a realizar el trayecto Manqdash-Chelyabinsk-Manqdash con el mero propósito

de contar sus experiencias, sus aventuras, mitad ficción, mitad realidad. Y los meses se convirtieron en años, hasta que prácticamente hizo del tren su casa.

Abai le escuchaba relatar cómo comandando un pelotón de doce hombres habían hecho prisioneros a ciento veinte alemanes muertos de hambre y de frío.

...en inferioridad de diez a uno... No podían ni con el peso de sus propios cuerpos, las manos paralizadas por el frío, la mirada perdida...

Sus ojos brillaban de emoción a pesar de haber contado la misma historia cientos de veces, sus gestos parcos, guardando siempre la compostura, la entonación de su voz cuidadosamente calibrada. Parecía un contador de historias profesional. El llanto de un bebé distrajo la atención de Abai. La madre, que lo sujetaba en brazos, se sacó el pecho izquierdo y le enchufó el pezón en la boca. Las miradas de la madre y de Abai se encontraron. Este se ruborizó antes de mirar para otro lado.

...aquellos hombres se entregaron sin resistencia, parecían pedirnos que les hiciéramos prisioneros...

Empezó a sentir de verdad que estaba dejando atrás su vida previa, el vínculo con su pasado como un hilo cada vez más fino. Miró a través del cristal: montañas nevadas a lo lejos, inmóviles, siempre en el mismo sitio a pesar de que era obvio que el tren avanzaba a buen ritmo. Estaba ansioso por llegar a Manqdash y reencontrarse con el mar. Se dio cuenta de que no tenía ningún plan, confiaba ciegamente en la inspiración, en su suerte. Apenas había dado opción en su mente a la posibilidad de que algo no fuera bien. Miraba a su alrededor: gentes normales, probablemente trabajadores, amas de casa, niños, jubilados. Empezó a sentir una especie de vértigo que no había sentido hasta entonces, temor a lo desconocido. Nunca había abandonado su entorno. Le asaltó la duda.

“¿Qué estás haciendo Abai?”. No había contemplado la posibilidad de fracasar. Un momento de flaqueza. Se sintió solo por primera vez desde que abandonara su barco y sus padres. Tuvo deseos de hablar con su compañero de asiento.

—¿Usted a qué se dedica? —Petróleo. La refinería. Asintió en silencio.—¿Hay barcos en Manqdash? —¿Barcos? Cientos de ellos. Su compañero le miró extrañado. —Tenía un barco... Era pescador. —Ah...

—¿Sabe? El mar se fue. Desapareció.—Sí, eso oí. Debió de ser terrible.—Terrible. Tengo mi esperanza puesta en Manqdash.

Su compañero le sonrió cortésmente. No supo qué contestarle. No tenía interés en el mar ni en los barcos. Se ganaba bien la vida en la refinería, aunque eso le costara estar separado de su mujer e hija. Los visitaba una vez al mes. Abai se sintió animado después de conversar. “Cientos de barcos...”. Se imaginaba surcando las aguas otra vez, contemplando el amanecer desde la proa, echando las redes. Le asaltó la impaciencia, podía sentir el balanceo del barco bajo sus pies, el olor del mar saturando sus fosas nasales. Ocho horas hasta Manqdash, le habían dicho, pero no sabía el tiempo que había transcurrido ya.

6. La melodía de Abai

Su felicidad era indescriptible. Dejó su saco sobre la arena y se descalzó. Caminó unos pasos hasta que el último aliento de las olas mojó sus pies. Dejó que sus retinas se impregnaran de mar, que se saturasen de la inmensa vastedad de agua que se extendía ante sus ojos. “¡Por fin, mar!”. Poco importaba la monstruosa refinería que se alzaba a cierta distancia a su derecha, él solo tenía ojos para el mar. No sabe el tiempo que permaneció allí, de pie, con los pies hundidos en la húmeda arena. Se bajó del tren y solo se estuvo vaciando la vejiga, ni siquiera preguntó la dirección. Se dejó llevar por los sentidos: el olor del agua salada, el frescor húmedo del aire, el sonido del rugido en la distancia. Caminó como lo haría un imán buscando su polo opuesto. Manqdash era una ciudad nueva, de manzanas cuadradas y anchas avenidas, bloques de apartamentos de veraneo y una gigantesca refinería. Encontró pronto su objetivo.

Se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos y se zambulló. El agua en sus labios sabía casi como la de su mar, excepto por un ligero matiz a brea. Sintió frío al salir pero no le importó, el sol pronto secó su piel. Se olió las manos: perfume de sal, algas y peces, el aroma más seductor del mundo. Volvió a ponerse la ropa, su dicha era tal que apenas sentía el contacto de sus pies con la arena. Se abandonó al insistente sonido de las olas, rítmico y maravilloso como el de un reloj fabuloso que

marca los tiempos de la felicidad. Pronto comenzó a sentir un enorme agujero en el estómago: no había comido nada desde los dos panecillos con sésamo en la estación de Ulya. ¡Qué recuerdo tan lejano! Se fue de la playa sin dejar de mirar atrás en varias ocasiones, como si quisiera asegurarse de que aquel nuevo mar no iba a desaparecer. Tomó una carretera agrietada de cemento flanqueada por altos árboles. Pasó frente a un edificio abandonado de una sola planta, los cristales rotos, las paredes descoloridas. Había sido una estación de servicio. Enseguida entró en una zona de edificios iguales de dos plantas, parecía una zona residencial. La carretera se había elevado, donde había playa, ahora se alzaba un pequeño acantilado de pocos metros. Una oxidada valla metálica protegía a los peatones. La carretera volvía a descender suavemente, apareció otra playa, mucho mayor, los edificios de apartamentos también habían crecido en altura, comenzó a ver coches y gente caminando por las aceras, tiendas de comestibles, una ferretería moderna donde se podía encontrar casi de todo, desde pilas a zapatillas, destornilladores o pequeños electrodomésticos, una tienda de ropa de cama y cortinas, una lavandería, una oficina de correos... Encontró una taberna con mesas de aluminio y plástico dispuestas en el exterior de la que emanaban aromas a comida, una mezcla de olor a salchichas cocidas y sardinas a la plancha. El dueño era un hombre grande, de cabeza cónica, nariz aguileña y bigote muy rasurado. Sirvió un plato de sardinas a una pareja joven sentada frente una de las mesas. Abai le preguntó si podía comer, el dueño le indicó que ocupara una de las mesas y aquel le pidió un plato de sardinas como el que acababa de servir. Se sentía observado por la pareja joven, parecían de vacaciones, quizá de luna de miel. Ella le miraba a él con frecuencia, él solo miraba a la sardina que se estaba comiendo. De repente Abai fue consciente de su aspecto. Llevaba días viajando, probablemente sus ropas estaban arrugadas y sucias, la barba sin afeitar. Miraba disimuladamente a la pareja: ella tan blanca, el cabello inmaculadamente recogido, dos pequeños pendientes rojos, como dos bolitas, que se balanceaban con los movimientos de su cabeza, un vestido color crema con pequeñas florecillas estampadas. Miraba a su marido (se imaginó que era su marido) y le sonreía, pero este no le devolvía la mirada, estaba demasiado ocupado devorando sardinas. Abai sintió lástima por la muchacha. Él le pareció rudo, burdo, indigno de tener una esposa como aquella. Quizá no estaban casados, eran solo novios.

Llegó su plato de sardinas, el estómago se le contrajo en un acto reflejo provocado por el olor y el apetitoso aspecto que ofrecían los pececillos a la plancha. Comenzó a devorarlas despacio, saboreando cada bocado, limpiando bien las raspas, chupando la grasa impregnada en los dedos y bebiendo una tibia cerveza local con aroma a manzana. Al final de unos minutos mágicos no quedaba nada comestible sobre la mesa. Masticaba el último trozo de pan redondo plano que se había metido en la boca cuando levantó la mirada: ella le miraba, se vio sorprendida y le sonrió tímidamente antes de mirar para otro lado. Aferró la mano de su marido y le sonrió. Este, por fin, le

devolvió una sonrisa, más bien parca y circunstancial. Abai estaba feliz. Pidió la cuenta y se llevó un pequeño sobresalto al comprobar que su cena le iba a costar tres veces más de lo que había calculado, pero no estaba dispuesto a que aquel detalle estropeará tan preciado momento.

Caminó hacia la playa grande, a unas decenas de metros, y se apostó en la baranda metálica. Un hombre y una mujer mayores se bañaban, con el agua por debajo de la cintura andaban despacio, uno cerca del otro, mar adentro. Él se mojó la barriga con las manos, ella se paró y lo contempló zambullirse y volver a salir del agua con su escaso pelo blanco aplastado y chorreando, le dijo algo, él le contestó y señaló hacia el fondo, luego se frotó la cara despacio, de arriba abajo. Abai desvió la mirada en dirección a la refinería, maravillándose de aquel fantástico entramado de tuberías, tanques y chimeneas. Se veían muchas luces encendidas a pesar de que aún quedaban unas dos horas de sol. Se acordó de que no tenía dónde dormir pero le dolía gastar más dinero después de lo que había pagado por la cena. Quiso buscar el puerto. Preguntó a dos hombres jóvenes que charlaban sentados sobre un banco de madera con muchas capas de pintura encima, hablaban de coches. Planeaban comprar un coche a medias y compartir su uso como taxi. Abai los interrumpió. Le indicaron la dirección del puerto, tenía que andar unos dos kilómetros más. Les dio las gracias y echó a andar con aquella interminable baranda metálica como compañera. La playa desapareció, y en su lugar, unos grandes bloques de cemento dispuestos anárquicamente separaban la carretera del mar.

Comenzó a ver el puerto a lo lejos: altas grúas metálicas, dos enormes estructuras, como almacenes, las paredes salpicadas de montones de ventanitas cuadradas, dos grandes barcos y la proa de un tercero, un remolcador... Se le dibujó una amplia sonrisa en la cara.

Caminaba por el muelle sin perderse detalle. Le llamó la atención la popa de un carguero porque era completamente plana, como si hubiese estado cortada a cuchillo. El nombre era curioso: "Viento Cálido". Las sogas de amarre de un diámetro como nunca había visto. La superestructura, sobre la cubierta, era como un edificio de cuatro plantas (recordó la discreta cabina del Latón). Se sintió pequeño paseando a su lado. "Debe de llevar motores gigantescos". Lo recorrió de popa a proa y de proa a popa. No había signos de actividad, pero sí un poco más adelante: una grúa cargaba unos grandes paquetes de color gris en un barco mucho más pequeño, rojo y azul, Estrella del Caspio. Quiso acercarse, pero llegado a un punto, un empleado le indicó que no podía seguir mientras la grúa estuviese trabajando. Parecía llevar cuenta, en una gran libreta de anillas, del número de bultos que se cargaban. Miró a Abai con descarada curiosidad, como si quisiera adivinar a golpe de vista

quién era o qué pretendía. Abai obedeció y se contentó con contemplar la actividad a cierta distancia.

—¿Buscas a alguien?

—No, no...

La grúa, controlada por un operador, enganchaba la mercancía desde un largo tráiler y la depositaba dentro del barco, en el orden preciso, ayudada por dos hombres más. El tráiler estaba casi vacío, y otro similar, detrás, esperaba a ser descargado.

—¿Qué es lo que llevan? —¿Eh...?—La mercancía, ¿qué es? —Algodón.

Los trabajadores estaban de mal humor, pues la llegada de los camiones se había retrasado. A esas horas ya deberían estar en casa.

—¿Sabe si hay trabajo por aquí?

No pensó demasiado antes de formular la pregunta. El empleado se giró, levantó la vista de sus anotaciones y miró a Abai fijamente a los ojos durante tres largos segundos antes de responder.

—No sabría decirte. Realmente no lo sé. No soy yo con quien tienes que hablar.

—¿Sabe quién me puede ayudar?

Se tomó su tiempo para realizar otra anotación en su carpeta.

—Pregunta por Osken. Puede que te ayude. Aquella es su oficina, pero hoy ya no lo encontrarás. Es un hombre muy alto, fuerte, de pelo muy blanco...

Le dio las gracias y abandonó el lugar con el corazón esperanzado. Echó una última mirada hacia el edificio donde se encontraba la oficina de Osken. “Osken... tengo que acordarme de ese nombre”.

Caminaba de vuelta feliz, lleno de optimismo. Pasó junto a la playa (la pareja mayor ya se había ido) y junto a la taberna donde había comido las deliciosas sardinas (no pensaba volver). Solo le preocupaba dónde pasar la noche. Eligió la playa desierta donde se había bañado aquella tarde, allí no le molestaría nadie, pasaría desapercibido y, además, la temperatura era agradable en aquella época del año. Pronto se encontró caminando junto a la estación de servicio abandonada, luego descendió por un camino entre rocas y volvió a pisar la arena. El sol se acercaba hacia la línea del horizonte, parcialmente oculto por nubes lejanas, y el sonido rítmico de las olas solo se veía interrumpido por el de algún vehículo ocasional que circulaba por la carretera. Excavó un hueco en la arena y se acomodó, utilizando la arena sobrante como respaldo, de tal manera que podía contemplar el mar. La tensión acumulada durante el día comenzó a disiparse, se dio cuenta de que estaba muy cansado, y poco después de que el sol se escondiera detrás de unas lejanas nubes grises hasta la mañana siguiente, se durmió.

Despertó sobresaltado, se sentó en un acto reflejo. Notaba calor a su izquierda: una pequeña hoguera y, detrás, una figura humana sentada. Parecía un viejo, la cara surcada de arrugas, el pelo largo y gris pero no desordenado. Le sonrió: le faltaban algunos dientes. Se llevó despacio un cigarrillo a los labios y dio una larga calada. Volvió a sonreír tras exhalar el humo. Abai estaba desconcertado, no acertó a articular palabra. El viejo estaba sentado sobre la arena, la espalda apoyada sobre un saco de lona parecido al suyo, pero completamente lleno. Además llevaba una pequeña maleta. Sacó del petate de lona un artilugio que parecía hecho con alambre y lo colocó con gran pericia en mitad del fuego. Luego se hizo con una tetera quemada y la llenó de agua de una botella, antes de colocarla sobre el fuego, encima del artilugio de alambre.

—¿Un té?

Abai asintió con la cabeza. Miró al cielo: el cuarto creciente de la luna teñía tímidamente dos nubes de un color gris plateado, una grande y la otra más pequeña. Parecían madre e hija. El resto del cielo, despejado, plagado de estrellas. Las luces de la refinería se reflejaban sobre la superficie del mar y se preguntó si también trabajarían por la noche.

—No he querido despertarte.

—No importa.

Volvió a tumbarse sobre su improvisada hamaca de arena. El sonido de las olas arrullaba sus oídos. El viejo tamborileaba con sus dedos sobre su rodilla izquierda.

—Me gusta venir a esta playa en esta época del año. Abai escuchaba en silencio.—Tan tranquila... Hasta la refinería parece hermosa.

Comenzó a tararear una melodía. Parecía improvisar notas, sin orden aparente, meneando levemente la cabeza, el ceño fruncido y una casi sonrisa permanente. “Un viejo chiflado inofensivo, probablemente un mendigo”.

—¿Qué te trae por aquí? Abai carraspeó antes de responder.—El mar. Venía en busca del mar.—Ah, el mar. El viejo miró en dirección a la vasta y oscura masa de agua.

—Una vez oí que contemplar el mar es como orar. Como si uno contemplase al mismísimo Dios: inmenso, poderoso, hermoso, iracundo, insondable, siempre presente...

—Yo era pescador. Me quedé sin él.—¿Sin el mar?—Desapareció.—¡Caramba! Y fuiste en su busca... ¡Qué poético! —Yo lo veo como una mala pasada. Me jodió la vida. El viejo le miraba serio, sopesando sus palabras. —Como si Dios te hubiese abandonado...

—No lo había contemplado de esa manera. —Quizá es una oportunidad. —¿Oportunidad de qué?

—De que salgas, viajes, conozcas otras gentes, otro mundo, quizá a ti mismo... La vida a veces te pone a prueba, muchacho. Con el tiempo he llegado a convencerme de que las cosas ocurren por una razón.

El viejo hablaba con una dulce naturalidad, pero era incapaz de pronunciar correctamente algunas palabras, en especial las que contenían la letra “S”, lo cual hacía mucha gracia a Abai, que se esforzaba por no reír.

—Quizá tenga razón. Pero me cuesta aceptarlo.

—Entiendo.

El té comenzó a hervir. Sacó dos vasos de alguna parte y sirvió uno para Abai y otro para él.

—¿Y usted, a qué se dedica? El viejo sonrió después de probar el té.—Soy un vagabundo. Bastante obvio, ¿no?—No puedo decir que no. ¿Vive usted en Manqdash? —Hoy aquí, mañana allá... donde me lleva la inspiración. —La inspiración.

—Llámalo destino, fortuna... Me gusta viajar, vagabundear —rió—. ¿Sabes? Creo que la vida no es sino un viaje hacia nuestro interior. Una serie de llamadas sutiles... ¿Qué crees, si no, que te trajo hasta aquí? Ya sé, el mar. Eres valiente, muchacho.

—¿Valiente?—Por atender la llamada, por viajar ligero. Comenzó a tararear otra melodía inventada.

—¿Y de qué vive?

—De lo que recojo. Lo que buenamente me da la gente. Yo, a cambio, les ofrezco mi música, pequeños pedazos de mi alma. Mira...

Se giró, asió la pequeña maleta que yacía sobre la arena, junto a él, y la abrió. Abai le contemplaba expectante. De ella sacó una trompeta plateada con una abolladura en el pabellón y otra más pequeña en la curva de la vara de acorde. Colocó una embocadura y se la llevó a los labios. Las primeras notas sonaron pastosas, algo espesas, pero pronto el sonido se tornó liviano, aéreo, fino. La melodía comenzó a tomar forma como una serpiente que se despereza y avanza ondulando su cuerpo con gracia natural, o un ave que planea abrazando la brisa sin apenas batir las alas. En un instante mágico había producido una melodía maravillosamente etérea, en verdad como si un pedazo de su alma se hubiese hecho música. Abai quedó deslumbrado.

—Realmente hermoso.

—Gracias. Te la dedico a ti, para que encuentres el mar que buscas. ¿Cómo te llamas?

—Abai.—La llamaremos “La melodía de Abai”.—Es un honor.—Un placer.—¿Usted era músico?

—Soy músico. Siempre lo he sido. No sé hacer otra cosa. —¿Y... por dónde le ha llevado su... fortuna?

—Eran otros tiempos. He tocado en Londres, París, Hamburgo, Berlín, Estocolmo, Amsterdam... He recorrido Europa de punta a punta.

Abai estaba impresionado. Tenía serias dudas sobre si el viejo estaba fantaseando o contando la verdad.

—Ya sé que te resulta difícil de creer. Te preguntarás cómo he acabado aquí, de esta manera, mendigando y olvidado por el mundo. Es una larga historia. No te culparé si no me crees. A mí también me resultaría difícil de creer.

—¿Tocaba en una banda, un grupo...?

—Jazz, Abai. ¿Has oído Jazz alguna vez? ¿Jazz verdadero, el que suena en pequeños clubes a altas horas de la mañana?

Abai se encongió de hombros.

—Allí afloraban sentimientos verdaderos: dolor, abandono, júbilo, pasión, frenesí, tristeza, esperanza... Todo mezclado en un cóctel único e inigualable, un momento, un instante inolvidable e irrepetible, distinto cada noche, triste y hermoso a la vez. Llegué a sentirme en el cenit del universo, un afortunado jinete cabalgando a lomos de Pegaso. Cuando has estado tan alto, sabes que nada en la vida va a ser comparable, todo lo demás...

—Es cuesta abajo. El viejo sonrió.—Algo así.—No sé si he oído Jazz alguna vez.

El viejo asió su instrumento de nuevo y comenzó a entonarse. De su trompeta afloraban melodías, una detrás de otra, con una facilidad pasmosa. Entre canciones se entusiasmaba explicando quién la había compuesto, en qué circunstancia, qué fue del compositor, en qué escenarios la había tocado. Abai acabó aplaudiendo cada melodía.

—Se las sabe todas de memoria.

—Cientos de ellas. No se olvidan.

El tiempo pasaba y a Abai comenzaron a pesarle los párpados de nuevo. Cerró los ojos. El viejo daba vida a una melodía muy bella, las notas parecían surgir de manera deslavazada, dispersa, mezclándose en el aire a su antojo como si tuvieran vida propia pero, sin embargo, eran magistralmente modeladas por aquel mago de los sentimientos que era el viejo de la trompeta. Era una balada tan perfecta que hasta el viento cesó para escucharla y las olas dejaron de batir la arena. Abai hizo un esfuerzo y levantó un párpado: el viejo cerraba los ojos con fuerza, el ceño fruncido, los labios convergiendo hacia la embocadura, sus huesudas manos acariciando el metal. Nunca había oído algo tan triste ni tan bello. Aquella canción removió algo dentro de él: imágenes que creía olvidadas afloraron en su mente, emociones largo tiempo dormidas despertaron en su corazón. Suspiró sin darse cuenta de que suspiraba y sonrió sin darse cuenta de que sonreía. No había caído dormido tan dulcemente desde que su madre le cantara canciones, de niño, para que se durmiera.

—Mamá, cántame otra vez la de la mariposa y el ratón... —¡Pero si ya la he cantado dos veces!—
No importa, es que me gusta tanto...

Y entonces su madre comenzaba a cantar de nuevo, suave y bajito, con la voz más dulce del mundo, hasta que Abai caía dormido.

Lo primero que escuchó al despertar fue el sonido de las olas. Aquello le arrancó una sonrisa aún antes de abrir los ojos. El mar en calma. Una gran embarcación a lo lejos, muy cerca de la línea del horizonte. El sol ya había asomado por detrás de la ciudad, sus rayos se reflejaban en el entramado de tuberías de la refinería, pero la playa seguía en sombra. De repente se acordó del viejo de la trompeta: se giró, pero allí ya no había nadie. Se puso en pie y se sacudió la arena de los pantalones, miró en todas direcciones: no había rastro del viejo. “Sí que madruga este hombre”. Le pasó por la cabeza que todo hubiese sido un sueño. Aferró el saco y le quitó la arena, se lo colgó del hombro y puso rumbo al puerto.

7.El Estrella del Caspio

—¿Y bien... tú quién eres?

—Me llamo Abai. Me han dicho que quizá podría ayudarme.

Osken le miraba fijamente. Aun sentado detrás de su mesa se adivinaba que era un hombre alto. Corpulento, cejas pobladas y pelo blanco muy tupido. Esperaba con impaciencia que Abai se explicara.

—Me ha costado varios días llegar hasta aquí. Necesito traba- jar.

—Trabajar... esto no es una oficina de empleo.

—Me dijeron que quizá usted...

Abai se mostraba visiblemente incómodo, como cuando tenía que pasar por las dependencias policiales a renovar su pasa- porte o el permiso de navegación. La sola presencia de Osken impo- nía autoridad.

—¿Dices que llevas varios días de viaje? —Así es.—¿Y qué te ha traído hasta Manqdash?

—Verá, yo era pescador, era... soy dueño de una pequeña embarcación, el Latón, pero ocurrió algo terrible... —Alzó las manos sin pensar, las palmas hacia arriba, enfatizando la tragedia y su impotencia—. El mar desapareció.

Osken apoyó su enorme espalda en el respaldo de la silla y frunció el ceño sin dejar de mirar a Abai.

—Así que es cierto.

—Tan cierto como que estamos aquí, ahora mismo, hablando. —Le pareció ver un atisbo de simpatía en los ojos de Osken, y sintió que le atravesaba una brisa de alivio.

—Vaya... verás... yo no puedo darte empleo, muchacho, mi función es controlar los barcos que entran y salen de este puerto y los permisos de carga y descarga, si bien es verdad que los patrones recurren a mí en ocasiones cuando están faltos de personal.

Abai escuchaba sin parpadear. Osken le examinó desde la cabeza a los pies, para acabar en su saco, que yacía sobre el suelo junto a él.

—¿Dices que eres pescador?

—Sí, señor.

—¿Y que posees una embarcación?

—Cierto, el Latón, doce metros de eslora. Era el barco de mi padre. Casi todo lo que sé lo aprendí con él.

—¿Y dónde has dormido esta noche?

Se vio sorprendido por el giro en la conversación. Osken no variaba su semblante.

—Eh... en una playa.—Ya. Y no has desayunado todavía. —No. Este asunto es más importante.

—Ya veo. Deberías comer algo. No es bueno comenzar el día con el estómago vacío. Veré qué puedo hacer por ti. Vuelve dentro de una hora... quizá dos. Encontrarás una taberna junto al surtidor, has tenido que pasar por delante de ella.

Abandonó la oficina de Osken esperanzado, con la sensación de haber dejado, al menos temporalmente, el futuro en sus manos.

Desayunó huevos fritos con un fuerte sabor a salchicha ahumada, pues los habían freído en la misma plancha en la que se freía todo lo demás. No le importó. La taberna era ruidosa, muy concurrida, cargada de humo de cigarrillos de un sabor dulzón, distinto al habitual. No podía quitarse de la cabeza la intensa mirada azul de Osken. A pesar de irradiar autoridad le gustaba, estaba convencido de que era un buen hombre, justo, mediano, de buen corazón, aunque prefirió no imaginárselo encolerizado, y también de que haría todo lo posible por ayudarlo. Estaba dispuesto a trabajar de lo que fuera, cualquier cosa relacionada con el mar y los barcos. Miró al reloj de la taberna: las ocho y cincuenta y tres minutos, pero se olvidó de mirar a qué hora había llegado. Calculó que había pasado una media hora desde que dejó la oficina. Llamó a la camarera y pagó su

cuenta. Fuera, el “Viento Cálido” ya había zarpado, pero el Estrella del Caspio seguía amarrado, sus colores, rojo y azul, lucían hermosos bajo el temprano sol.

Estaba inquieto. La espera hasta volver a la oficina de Osken se le hacía larga. ¿Qué pasaría si este no podía hacer nada? De repente se vio en un callejón sin salida: no le quedaba mucho dinero ni le atraía la idea de pasar otra noche tirado a la intemperie. Se imaginó viviendo como el viejo de la trompeta, de aquí para allá, mendigando, solo que él no sabía hacer nada más que navegar y pescar. Por primera vez cruzó por su mente el pensamiento de que había sido una locura abandonar su entorno lanzándose al vacío. Nunca se había sentido así, excepto quizá cuando se enamoró perdidamente de Damirya, antes de cumplir los veinte años, tan hermosa, con aquellos indescriptibles ojos verdes que le cortaban la respiración. Entonces sintió, como ahora, que le faltaba el suelo donde pisar, que su mundo perdía estabilidad, que perdía el control sobre su vida. La sola imagen de Damirya en su mente era suficiente para que el corazón le diera un vuelco. Llegó incluso a estar recogiendo las boyas de la red fija que colocaba con su padre, y veía su cara reflejada en cada una de ellas. Una mañana dejó escapar un esturión bastardo joven, de unos veinte kilos.

—¿Abai, hijo, en qué estás pensando?

Damirya eligió otro hombre. Su imagen pasó de causar ansiedad a ser fuente de dolor, quemazón, amargura. Se martirizaba culpándose de no haber tenido el arrojo o el talento para conquistarla. Aterrizó bruscamente sobre el mismo suelo de antes, ahora más áspero y más duro, y tomó la decisión de enterrar aquellos malditos ojos verdes a base de trabajo. Se instaló en el Latón y eligió como compañía el mar.

Se encaminó hacia la oficina de Osken. No sabía el tiempo que había transcurrido.

—Bien... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Abai.

—Bien, Abai. Tengo un barco... El capitán es ruso pero la tripulación son todos chinos. Eran seis, ahora son cuatro: dos de ellos desaparecieron después de cobrar la última paga. Los chinos cobran poco y trabajan mucho, así que intuyo que las condiciones de trabajo dentro del barco son especialmente duras, ¿me explico?

—Entiendo.

—El capitán está dispuesto a darte trabajo pero solo en las mismas condiciones que los chinos.

A Abai se le iluminó la cara.

—¿De verdad?

—Eso he dicho. El barco de llama Estrella del Caspio, rojo y azul, lo verás amarrado cerca de aquí. Va cargado de algodón, rumbo a Bakú. Zarpa esta tarde a las dos. Capitán Tarasov, Kiril Tarasov.

—Le estoy muy agradecido.

No podía contener su alegría. Estrechó la manaza de Osken y partió desbordante de entusiasmo rumbo al Estrella del Caspio.

Kiril Tarasov era alto y pálido, ojos claros y barba rala canosa. Los párpados inferiores le caían ligeramente y mostraba arañas vasculares en la punta de la nariz y en las mejillas. Tenía cincuenta y nueve años, de los cuales había pasado diecisiete navegando por el mar Caspio, los últimos ocho a bordo del Estrella del Caspio, haciendo la ruta Bakú-Manqdash-Bakú, con paradas ocasionales en puertos de la costa rusa. Era un hombre solitario, amargado por una vida personal ruinosa, de inclinaciones racistas y aficionado al vodka. Le gustaba su tripulación china porque les pagaba poco, trabajaban duro y además les podía gritar e insultar, liberando así sus accesos xenófobos.

—¿Te envía Osken?

—Sí.

Tarasov escudriñaba a Abai: sus ojos levemente rasgados lo condenaban a ciudadano de segunda clase, pero todavía un escalón por encima de los chinos.

—Zarpamos a las dos. No quiero alcohol ni drogas mientras estés a bordo. La paga es semanal. Zhou te indicará tu faena y todo lo demás.

Tarasov dio media vuelta y desapareció dejando solos a Zhou y Abai. El chino sonreía amistosamente, le tendió la mano y Abai se la estrechó. Era muy delgado, pómulos muy prominentes y mirada brillante y lista. Pidió a Abai que le acompañara, le llevó a un camarote común de seis camas, distribuidas en tres literas de dos camas cada una. Eligió una de las dos camas que quedaban libres y Zhou le asignó un estrecho armario metálico. Hablaba ruso con muy marcado acento chino. Tenía que poner mucha atención para no perderse detalle de lo que decía. Le explicaba las rutinas, los horarios, turnos, la naturaleza de cada faena. No se podía molestar a Tarasov: él (Zhou) era el único autorizado a hablarle, el intermediario entre el capitán y la tripulación, excepto en casos de emergencia o en el caso de que Tarasov se dirigiera a alguien primero. Abai estaba feliz: tenía trabajo en el mar. Percibía el leve balanceo del barco bajo sus pies: no se había dado cuenta de lo que había echado en falta aquella sensación. Lo único que empañaba su alegría era que no fuese el Latón el que se balanceara sobre el agua. Se acordó con melancolía de su viejo barco. He y Hai repasaban las ataduras de los grandes paquetes de algodón, saludaron a Abai con un leve movimiento de cabeza. Zhou le acompañó a la sala de máquinas, por el momento haría de ayudante de Cheng, el maquinista. Traspasaron el umbral de la puerta y enseguida notó calor y un fuerte olor a diésel y aceite. Descendieron por una escalera metálica. Cheng iba enfundado en un mono azul salpicado de manchas. Zhou hizo las presentaciones y le indicó que se colocara un mono sucio que colgaba de una percha. Luego se despidió y salió de la sala de máquinas. El Estrella llevaba dos motores gemelos, mucho más grandes que el del Latón.

Cheng sonreía todo el tiempo. Se dirigía a Abai en un ruso aún peor que el de Zhou, mezclado con palabras en chino y, además, algunas cosas las decía para sí mismo. Todo ello hacía que le costara mucho esfuerzo entenderle, a pesar de poner toda su atención en los movimientos de sus labios. Cheng tenía muy poco pelo, mostraba un gran lunar en la sien derecha y unas arrugas muy marcadas en las comisuras de ambos ojos. Le pidió que le trajera una lata de veinte litros de aceite. Abai no le entendió hasta que este señaló la lata con el dedo.

—Aceite, claro...

Vació poco más de media lata en el depósito del motor de estribor, cerró la tapa y la limpió con un paño sucio que guardaba en un bolsillo trasero

—Motor bueno, bueno.—Sí, se ven muy bien cuidados. Cheng daba palmadas sobre la tapa de balancines. —¿Lleva mucho tiempo en el barco?—Tiempo... siete años, sí.—Siete años. Mucho tiempo. ¿Trabajo bueno? Cheng se encogió de hombros.—¿Zhou también mucho tiempo?—Zhou

antes, sí.—Ya. ¿Capitán Tarasov bueno? Cheng meneó la cabeza y rió.—Tarasov nunca aquí, siempre arriba.—Ah... ¿Te gustan los motores?—Sí, sí. Yo camión en China.—¿Conducías camiones?—Sí, camión. Wuxi.—¿Wuxi? ¿Es una marca de camiones?—No, no, marca no. Wuxi, China.—Ah, es una ciudad.

—Sí, sí, ciudad.

Zhou volvió. Dijo algo en chino a Cheng desde la parte superior de la escalera metálica que daba acceso a la sala de máquinas. Le pareció que hablaban alto y rápido. Cheng no parecía tan torpe cuando hablaba en su idioma. Zhou desapareció para volver a los pocos minutos con dos sacos llenos. Llevaba uno aferrado en cada mano, bajó las escaleras despacio y los dos chinos los colocaron cuidadosamente en una esquina, tapados con una lona. Abai les miraba curioso, era la primera vez que oía hablar chino y no entendía una palabra de lo que decían. Se preguntaba si siempre hablaban tan deprisa. Zhou volvió a desaparecer y Cheng se quedó un rato pensativo como si quisiera recordar algo. Luego murmuró algo en chino (o en un ruso ininteligible) y se dirigió hacia el motor de estribor, se agachó y estiró el brazo debajo del mismo, sacó un cubo de plástico azul y examinó el contenido. Asentía con la cabeza.

—¿Pierde aceite?

—No. —Mostró el contenido a Abai: una pequeña mancha negra—. Ahora no, luego.

Volvió a colocar el cubo en su sitio. Miró hacia el reloj de la pared, marcaba las doce y cuarenta, hizo un gesto a Abai para que le siguiera. Rodearon los dos motores principales y se pararon frente a otro motor más pequeño, apartado, junto a la pared, que funcionaba a bajas revoluciones. Le costó trabajo a Cheng explicar que se trataba de un motor accesorio que proveía electricidad cuando los motores principales estaban parados y que usaba un tipo de diésel distinto. Insistía en que no debía confundir los dos tipos de combustible. El ruido del motor en marcha añadía dificultad a la conversación.

A la una y veinte minutos Cheng puso en marcha los dos motores principales. Permaneció quieto unos instantes delante de cada uno de ellos con los oídos alerta a la búsqueda de sonidos anormales. El nivel de ruido había aumentado considerablemente en la sala. “Sí que va a ser difícil entenderse...”. El runrún de cada uno de los motores se mezclaba con el sonido del líquido de refrigeración circulante y con un siseo de fondo, rítmico, que producían los dos, en una sintonía que

poco a poco se rompía para al rato converger de nuevo. La presión del aceite subía casi a la vez en las dos máquinas. Cheng miraba a Abai y gesticulaba. Le explicaba que los motores debían entrar en calor poco a poco después de tres días parados. Este se hacía una idea del mensaje a base de interpretar sus gestos, más alguna palabra suelta que llegaba a sus oídos, más sus propios conocimientos de la situación.

La una y cuarenta y siete minutos. Cheng ya estaba contento con la presión y temperatura del aceite. Se oían voces en cubierta y en el muelle. Abai miraba al chino. Permanecía de pie, estático, frente a los dos motores, la mirada perdida. “Qué le pasa ahora...”. Estaba en su camión, entrando en Shanghai, cargado de piezas para una fábrica de lavadoras. Contemplaba a una chica preciosa pedaleando sobre su bicicleta. Llevaba un pañuelo rosa sobre la cabeza y un jersey amarillo. Los ojos negros como el carbón y los labios de porcelana. Repartía su atención entre el tráfico frente a él y la muñequita pedaleando a su derecha. Redujo la velocidad, un coche hizo sonar el claxon detrás de él y tuvo que dar gas dejando a su princesa detrás. Más gritos desde el muelle: estaban soltando las amarras. Cheng miró hacia la puerta abandonando sus recuerdos. La una y cincuenta y cinco. Las hélices comenzaron a rotar añadiendo un nuevo sonido a la sinfonía particular de la sala. El barco comenzó a moverse, lentamente, las revoluciones de los motores en aumento, el murmullo de las hélices cortando el agua. “Nos movemos...”. Abai estaba emocionado. En un impulso subió la escalera metálica y asomó la cabeza por la puerta: el muelle quedaba a unos veinte metros y se alejaba cada vez más. ¡Qué sensación tan maravillosa! Descendió la escalera despacio, Cheng le miraba extrañado, Abai sonrió.

—No he podido evitarlo. El chino no entendió.—¿Cuánto se tarda en llegar a Bakú? —¿Bakú? Dos días, dos.

Abai navegaba otra vez. El barco sorteó a baja velocidad su salida del puerto, y una vez en mar abierto incrementó su velocidad. El ruido de la sala se transformó en ligeramente más agudo. Si todo iba bien llegarían a Bakú al anochecer del segundo día

—Cheng, ¿todo bien?

—Sí, todo bien.

El ruido le impidió darse cuenta de que Hai entraba en la sala con dos cuencos de tallarines con pollo. Entregó uno a cada uno. Luego sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un tarro de cristal

(de los de café) cerrado, lleno de té, las hojas sumergidas en el fondo. Del bolsillo interior del otro lado de la chaqueta sacó dos vasos de aluminio y cuatro palillos. Abai se sentó en el suelo, Cheng sobre un pequeño taburete de madera.

—¿Tengo que comer con esto?

Mostraba sus palillos al chino. Este se encogía de hombros y reía. Llamó a Hai, que estaba a punto de salir por la puerta, pero no le oyó.

—Bueno... tendrás que enseñarme.

Cheng le mostró la manera de asir los palillos y ejecutar el movimiento de pinza, a la vez que se acercaba el bol a la boca. Abai se sentía torpe. No entendía por qué los chinos se complicaban tanto la vida para comer.

8. Hasta la muerte nos da risa, ¿verdad, Panak?

Desembarca en Bakú, su saco de lona al hombro, una sonrisa permanente y el bolsillo lleno de dinero. ¡Seis semanas en el mar! Tiene cinco días libres. Pisa tierra firme, se gira: todos en cubierta le despiden, hasta Tarasov, ¡le están cantando una canción! Agita el brazo ostentosamente. Vuelve la cara hacia la ciudad pero no ve a nadie, el puerto vacío. Mira otra vez hacia el barco y sus compañeros ya no están en cubierta, el Estrella está descuidado, manchas de óxido afloran en el casco, parece abandonado. Le invade una congoja abrumadora, lanza preguntas al aire, no entiende nada. Divisa a cierta distancia dos figuras humanas y decide caminar hacia ellas. Son dos ancianos, sentados frente a frente, una mesa entre ellos. Uno de ellos lleva un sombrero negro. Se acerca: están jugando al ajedrez, sus miradas fijas en el tablero, sus cuerpos estáticos. Uno de ellos levanta un brazo y con un lento movimiento de la mano mueve una ficha. El otro (el del sombrero negro) se lleva una mano a la barbilla en actitud pensativa. Abai ya está llegando, grita “¡hola!” pero no parecen oírle. Vuelve a decir “¡hola!” y uno de ellos (el que no lleva sombrero) se gira para mirarle un instante antes de volver su mirada sobre el tablero. Siente un alivio enorme.

—Siento interrumpirles pero... ¿Es que no hay nadie en esta ciudad?

Los dos ancianos le ignoran. —¿Me están escuchando?

El que no lleva sombrero vuelve a girar la cabeza, escudriña a Abai, los ojos entornados.

—¡Caramba, si es Abai!

—¿Nos conocemos?

—Mi nombre es Telman, pero eso no te dirá nada.

—No.

—¿Encontraste tu mar?

—Encontré... el mar. Un mar.

—Ya. ¿Lo que buscabas?

—No lo sé.

Telman asiente varias veces con la cabeza mientras desvía su atención otra vez hacia el tablero.

—¿Sabes cuánto dura esta partida? Se dirige a Abai sin quitar la mirada de las piezas.—No. ¿Todo el día?—Seis años, cuatro meses y tres días.—¡Caramba!—¿Verdad, Panak? Por cierto, él es Panak. Disculpa mis modales.

Panak (el del sombrero negro) se gira y le saluda con un leve movimiento de cabeza. Su piel pálida y ojos claros contrastan con su chaqueta de felpa negra. Abai deja su saco sobre el suelo y suspira. Vuelve la cabeza: el puerto sigue detrás, los barcos vacíos, el Estrella, medio oxidado.

—Y bien, ¿te gusta nuestra ciudad? —pregunta Telman.

—¿Su ciudad? No he visto nada de su ciudad y no tengo el menor deseo de conocerla. Parece... una ciudad fantasma.

—Sabía que dirías eso. ¿Como tu mar fantasma?

—No lo sé. Ahora mismo... estoy confuso, decepcionado, abatido. No me esperaba esto.

Ambos viejos ríen, Abai se ofende.—No sé por qué ríen. Esto no tiene ninguna gracia.

—Sí, sí que la tiene, aunque tú no lo veas. A nuestra edad todo tiene gracia, hasta la muerte nos da risa, ¿verdad Panak?

—Cierto.

Rompen a reír a carcajadas otra vez. Abai decide abandonar- los. Aferra su saco, duda unos instantes: volver al barco o aventurarse en la ciudad. Ya no tiene nada que hacer en el barco... debería diri- girse hacia la ciudad.

—¡Eh! Perdona muchacho, no te ofendas. No te vayas. Perdona a dos viejos chiflados como nosotros. No dudes: deberás encaminarte hacia la ciudad, sin duda. Sigue los consejos del corazón, ¿no recuer- das lo que decía Tex?

—¿Tex?—Sí, el viejo de la trompeta. ¡Qué música, eh! —No sabía su nombre, pero ya no lo vi más...

Despertó. Hai roncaba a escasos metros de él, dormido boca arriba, con la boca abierta. He, en la cama de arriba, también dormía. Las camas de Zhou y Cheng vacías. Era su primera noche en el barco. Su sueño se difuminaba, poco a poco perdiéndose en la niebla del subconsciente. Decidió subir a cubierta. El Estrella surcaba el mar a buen ritmo, imperturbable. La luna dibujaba su reflejo sobre el agua, una hermosa banda plateada. Se veía una luz amarilla en la sala de mandos, dedujo que el capitán dormía dejando Zhou al cargo. Se preguntó si Cheng estaría despierto en la sala de máquinas. Miró por la borda: el mar oscuro y profundo y detrás, la estela espumosa que dejaban las hélices. Le gustaba navegar en la quietud de la noche. Se imaginaba el barco como la mente humana y el mar como el mundo de los sueños. Recordaba retazos de su último sueño y se preguntó si había sido culpa de la cena china: tallarines con cerdo y un fuerte sabor a jengibre. Era un sabor nuevo para él, le recordaba al perfume de algunas mujeres. Quizá había sido el té, a los chinos les

gustaba mantener las hojas flotando hasta que se acababa el agua. Tex... ¿Se llamaba realmente así el viejo de la trompeta?

La superficie del mar era realmente oscura, como la noche. “¿Eres tú mi mar?... ¿La misma agua sobre la que navegaba?... ¿Huiste buscando un mar más grande?... Me gustaría saberlo”. El lateral del casco del barco producía un siseo al cortar el agua, pequeñas olas chocaban contra él produciendo una espuma fugaz y una pequeña sinfonía de sonidos líquidos, nada comparable al estruendo de las hélices triturando el agua en popa. Se imaginaba que aquellos pequeños sonidos eran palabras del mar que le hablaba en su lenguaje particular. O quizá era el mar realmente quien le estaba hablando:

—Sí, Abai, soy yo, tu viejo mar. Me vine a vivir aquí, con este otro mar, mucho mayor.

—Pero, ¿por qué?

—No conozco la respuesta. Mi destino, a diferencia del tuyo, no está en mis manos. ¿Sabes que toda el agua del mundo es la misma agua? El agua sobre la que estás navegando, el agua de los ríos, la de las nubes, la del hielo glaciar a miles de metros de altitud, el agua del té que te bebiste hoy...

—No entiendo.

—El agua del té que bebiste en la cena fue de una nube enorme que se formó en un inmenso mar muy lejos de aquí. El sol calentó tanto la superficie que el agua se evaporó formando una gran nube. El viento la hizo viajar, la arrastró miles de kilómetros, le hizo cambiar de forma innumerables veces, la rompió en muchos fragmentos que luego volvieron a unirse, pasó por encima de casa de tus padres y te vio talar aquel gran árbol con furia. De repente el viento se enfrió, tanto, que la nube fue incapaz de conservar su forma, su naturaleza etérea, y con gran pena se deshizo en millones de gotas de lluvia. Estas caían y caían, cada vez más deprisa, hasta abrazar la tierra en millones de diminutas explosiones jubilosas. Pero volvieron a juntarse, porque así es nuestra naturaleza, formando pequeños riachuelos que confluían con otros riachuelos hasta formar un pequeño río que llevó sus aguas hasta un pantano, no muy lejos de Manqdash, que sacia la sed de la ciudad. El agua de ese pantano, a través de un larguísimo y complicado sistema de tuberías, llegó hasta el depósito de agua del barco en el que navegas, agua que usó Hai para preparar el té de la cena.

—¡Caramba! Entonces... ¿Es posible que te haya bebido alguna vez?

—¡Claro que lo has hecho! He estado en tu interior en más de una ocasión, incluso llegué a convertirme en parte de tu sangre. He viajado por tus arterias, tus venas, tus órganos, me has impulsado con cada latido de tu corazón.

—¡Uy!, esto me supera. Necesito más tiempo para entenderlo.

—Toda el agua del mundo es la misma agua, que viaja en un ciclo imparabile y fantástico, siempre ha sido así, desde los albores del mundo.

—Yo solo quiero navegar, pescar...

—Lo sé, te conozco bien, Abai. Adiós...

Levantó la mirada hacia el cielo estrellado preguntándose si se había imaginado aquella conversación o también era producto de la comida china. “Quizá las estrellas también hablan...”. Sintió frío y volvió al camarote, Hai ya no roncaba, ahora dormía completamente boca abajo. Se tumbó en su cama y se tapó con una manta marrón con rayas verdes en los extremos.

Amanecía cuando salió a cubierta con el desayuno de Cheng : un bol de arroz blanco humeante en una mano y un tarro de té en la otra. He le seguía detrás. Se paró un instante a contemplar unas estructuras que sobresalían del agua, a lo lejos, como grúas descabezadas desterradas en mitad del mar.

—¿Qué es aquello?

—Petróleo.

Había oído que sacaban petróleo del mar pero nunca se lo había creído del todo. Aún teniendo aquellas plataformas con sus torres a la vista, prueba irrefutable de que existían, le costaba creer que estuvieran conectadas con un largo tubo al fondo del mar y que el negro líquido ascendiera metros y metros hasta la superficie.

—¿Petróleo?

—Sí.

He le miró con ojos hinchados de dormir como si le estuviera diciendo “¿no me crees?”.

Bajó la escalera metálica de la sala de máquinas. Cheng se alegró de verle, recibéndole con la sonrisa habitual que transformaba sus ojos en dos hendiduras lineales. Abai le entregó el desayuno, Cheng se sentó en el taburete de madera y comenzó a devorarlo alternando bocados de arroz con largos sorbos de té.

No quiso interrumpir el desayuno del chino. Echó un vistazo a los dos motores, llevaban dieciocho horas trabajando incansablemente sin ningún problema exceptuando una mínima pero constante pérdida de aceite del motor de estribor. Agudizó el oído pero nada se escapaba del runrún habitual o el sonido del líquido refrigerador circulante.

—¿Todo bien?

—No problema.

Cheng se marchó a dormir dejando a Abai solo al frente de las máquinas. Se preguntó si le habrían destinado allí por su experiencia previa. ¿Estaría al tanto Tarasov? Seguramente Osken le habría comentado algo. Sintió un leve vértigo al verse solo frente a los dos motores: era un puesto de responsabilidad. O quizá el que no quería nadie. Miró alrededor y todo ya se le hacía familiar, a pesar de que no llevaba ni veinticuatro horas en el barco. Solo había visto a Tarasov cuando subió al barco por primera vez y apenas vio a Zhou en todo el día. Estaba claro quiénes eran los hombres importantes a bordo. No estaba seguro de qué función desempeñaban He y Hai. No parecían demasiado felices.

Se dio cuenta de que no sabía cuánto dinero le iban a pagar y de que no le importaba demasiado. Quería trabajar en un barco y lo había conseguido, al menos temporalmente. Además en poco tiempo: contó los días y no hacía una semana que había abandonado la casa de sus padres. Al día siguiente llegarían a Bakú. Se imaginó que cargarían de nuevo para volver a Manqdash. Recordó su sueño:

los viejos jugando al ajedrez, la ciudad fantasma... Sin embargo, se respiraba un aire familiar, como si ya conociera aquel lugar, sin ser exactamente el mismo. Quizá ya lo había visitado en otros sueños. Tuvo ganas de llegar a Bakú. “Mañana al atardecer”. Se relajó. No tenía nada más que hacer que velar por las máquinas durante horas y en caso de emergencia llamaría a Cheng. Respiró hondo. Hacía calor y olía a grasa y diésel, pero le gustaba.

9.El lamento del erhu al atardecer en el lago Taihu

Bakú le parecía una ciudad enorme. “Grandioso” era el adjetivo que se repetía constantemente en su cabeza. Le fascinaba la colorida bahía, que se fue haciendo más y más grande a medida que el barco se acercaba acogiéndolo al Estrella del Caspio en un abrazo crepuscular inolvidable. Nunca había visto una ciudad tan grande y no había manera más seductora de llegar que por mar. Luces y más luces a lo largo de la orilla, altos edificios llenos de ventanas iluminadas, árboles, banderas, y el cielo rojo del atardecer como incomparable telón de fondo.

El barco amarró sin novedad. Los dos motores principales pararon y Cheng puso en marcha el motor auxiliar. Abai vio por segunda vez a Tarasov en tres días. Era tarde para descargar, la faena comenzaría a primera hora de la mañana. Zhou, He y Hai desaparecieron dejando a Cheng y Abai en el barco. Abai recibió instrucciones de no abandonar el barco, Cheng optó por quedarse.

—¿Tú no te vas?

—No. Yo bien aquí. Barco, más barato.

—Claro... No me imaginaba Bakú tan grande.

—Sí, Bakú muy grande, mucha gente. Petróleo, mucho petróleo.

Pensó que era una ciudad que crecía y florecía sustentada por el infalible fertilizante del oro negro. Se imaginó una ciudad rica y comenzó a contemplarla como quien contempla un fenómeno fabuloso. “Petróleo...”. Era increíble el poder del petróleo, cómo atraía a los hombres, generaba actividad, hacía correr el dinero, tensaba el músculo de pueblos y naciones. Tener petróleo equivalía

a ser rico y poderoso, y esta transformación podía llegar de la noche a la mañana. Se sentía afortunado de ser testigo de ese fenómeno con sus propios ojos: tanto coche, tantas luces, tanto gran edificio. Cheng no parecía en absoluto impresionado.

—Cheng, ¿las ciudades en China son tan grandes? —Oh, sí. Shanghai, muy grande. Veinte millones. —¿De habitantes?—Sí, sí, veinte millones.

Cheng reía al ver la cara de asombro de Abai. —¿Y tiene también puerto?—Sí. Muy, muy grande. —¿Más grande que este?

—Mucho más.

Hizo un gesto con ambas manos que no dejaba lugar a equívocos.

—¿Está cerca de Wuxi?

—Ciento cuarenta kilómetros. —Hizo un gesto con la mano matizando que la distancia era aproximada—. Yo hacer muchos viajes en camión.

Se apoyó en la proa, junto a Abai, y encendió un cigarrillo.

—Sabes, yo nunca he estado tan lejos de mi tierra, pero comparado con lo tuyo...

—China muy lejos.

Sonreía al decir las últimas palabras como un niño que ha hecho una travesura.

—¿Volverás a China? Se encogió de hombros.—Aquí ganar dinero. Tú también ganar dinero. —Claro, para eso estamos, ¿verdad?

—¿Tú qué hacer antes?

—Era pescador, tenía un pequeño barco, lo heredé de mi padre.

—Oh... ¿Por qué dejarlo? —El mar desapareció. —Oh...

Cheng le miraba extrañado temiendo no haber comprendido las últimas palabras de Abai y sin atreverse a pedirle una explicación más exhaustiva.

—Cheng, ¿qué llevaban Hai y Zhou en aquellos sacos? —Ah... Cheng puso cara seria.—Tarasov no sabe.

Le rogaba con la mirada que no dijera nada.—No diré nada, solo era curiosidad.—Tabaco.Cheng acabó su cigarrillo y tiró la colilla por la borda.

Abai se quedó solo en la proa. Reparó en una silueta humana en la distancia, detrás del cristal de una ventana: era un hombre joven, un chico quizás, detrás de una mesa, leyendo o estudiando. Este levantó la cabeza, parecía mirar, a su vez, en la dirección del barco, quizá contemplando a Abai. Las dos figuras se contemplaban a lo lejos, pequeñas, sin conocerse, a través de la noche. A los pocos segundos la figura de la ventana bajó la cabeza desviando su atención nuevamente hacia lo que fuera que tuviera sobre la mesa.

Charlaban después de cenar un bol de tallarines con pollo. El mar, barcos, el Estrella, motores. Abai sentía gran curiosidad por China, tan mística y lejana. Recordaba grabados en los libros de texto de cuando iba a la escuela que mostraban escenas rurales: pantalones remangados, campos de arroz, bueyes, casas de ornamentados tejados, aquella escritura tan singular. Le parecía imposible que Cheng pudiera descifrar aquellos signos tan incomprensibles como hermosos. Le pedía que escribiera cosas sobre una hoja de papel: casa, barco, me llamo Abai, Cheng, mar Caspio... Le maravillaba la rapidez con la que el chino escribía en su lengua, llegando a dudar en alguna ocasión si este le tomaba el pelo. Los dos habían dejado la escuela a los doce años, Cheng por necesidad, Abai por cabezonería: se empeñó en no querer estudiar e ir al barco con su padre hasta que lo consiguió. Quiso saber de la vida pasada del chino, su ciudad, su familia, su ambiente, sus amigos, pero Cheng no tenía ganas de explayarse hablando de su vida pasada. A Abai le daba la sensación de que había corrido un tupido velo sobre su pasado y que vivía el presente como lo mejor que le estaba sucediendo en la vida, pero que, a pesar de ello, se sentía orgulloso de ser chino, de su país.

Cheng nació y se crió en Wuxi, en la provincia de Jiangsu, a orillas de un gran lago llamado Taihu. Wuxi era una ciudad industrial, con un centro antiguo alrededor del cual habían surgido barriadas

periféricas, concéntricas, a orillas de múltiples canales que servían de vía de comunicación y transporte de mercancías y personas. Su padre, de genio impredecible, alternaba días de exagerada afectuosidad con días de mala leche descontrolada, sin que Cheng ni sus hermanos lograran entender el porqué de aquellos bruscos cambios de humor. A menudo les llovían golpes, collejas, tortas o patadas por motivos tan banales como no apartarse a tiempo cuando el padre pasaba por la puerta o dejar caer granos de arroz al suelo durante las comidas. Otras veces, sin venir a cuento, los abrazaba o se ponía a cantar pidiéndoles que le siguiesen en el estribillo. Esto convirtió a Cheng en un niño alerta, disciplinado y callado. Su madre (de esto se dio cuenta años más tarde) siempre mostraba un gesto de amargura en la cara, como si estuviese permanentemente decepcionada con la vida que le había tocado. Cheng la vio llorar en más de una ocasión, tras cualquiera de las fuertes discusiones con su padre, y después de que este abandonara la casa con un fuerte portazo. Los niños la miraban secarse las lágrimas, asustados, sin comprender el porqué de aquella tormenta, temerosos de que el futuro les trajera a sus vidas algo parecido a aquello. Con doce años ya trabajaba limpiando componentes en una fábrica de lavadoras con su hermano mayor, que ya había comenzado a trabajar dos años antes que él. Eran años de uniformidad, consignas y libros rojos. No se le pasaba por la cabeza entonces que un día abandonaría su tierra natal para trabajar en una mina de cobre, una línea de ferrocarril o un barco que surcaba el mar Caspio llevando mercancías. ¿Qué es lo que pasa con los chinos?, se preguntaba en más de una ocasión. ¿Por qué estamos en todas partes? A veces sentía que había nacido en una tierra maldita que los había condenado a un exilio permanente y llegaba a maldecir haber nacido chino, si bien solo tenía que escuchar el lamento desgarrador del erhu para que las lágrimas aflorasen en sus ojos. Aquel sonido era como la banda sonora de los atardeceres en Taihu o las barcazas de cemento que recorrían el gran canal, los momentos felices de su infancia en Wuxi, el olor de la tinta de los calígrafos o el de la comida de los restaurantes callejeros. Aquello le devolvía la autoestima y le elevaba la moral, aun cuando, a medida que transcurrían los años lejos de su tierra, la incertidumbre crecía: ya no estaba seguro de a qué mundo pertenecía. Había vivido más años lejos de su tierra que en su China natal.

Los dos volvieron a salir a cubierta, contemplaban el muelle, Cheng encendió un cigarrillo. Dos policías caminaban perezosamente dando caladas a sendos cigarrillos. Podían escuchar el rumor de sus voces sin llegar a entender lo que decían. Uno de los policías levantó la mirada unos instantes reparando en las dos figuras solitarias apoyadas a estribor.

—¿Nunca has pensado asentarte en un lugar, casarte, tener una familia y esas cosas?

—No sé. Algún día, quizás.

—Me imagino que no es fácil si estás siempre de aquí para allá.

—Las mujeres... Yo tenía novia en China, dos años. —Ah...—Pero se acabó. Fin. Mujeres complicadas.

—Sí, puede ser complicado. Yo quise tener novia una vez pero creo que me faltó decisión. Al final... quizá es que tenía que ser así, como lo del mar.

—Mi novia marchar, no querer seguir conmigo. Yo creo que marchó con otro hombre, pero no lo sé.

Hablaba mostrando la misma expresión facial que cuando reía, pero Abai creyó ver un poco más de sus ojos oscuros mostrando un atisbo de tristeza.

—Vaya. ¿Por eso te fuiste de China?

—Quizás. Yo no feliz. Pero tampoco feliz antes de ella.

—Bueno... Fue como el empujón que necesitabas para salir.

—Sí, empujón.

Rió. Dio una última calada al cigarrillo y lanzó la colilla al agua.

—Seguro que hay alguna mujer esperándote en algún lugar del mundo.

Volvió a reír.—Tú mujeres. Tú joven. Bakú muchas mujeres. Los dos rieron.

El puerto en calma. Las luces de Bakú desperdigadas por la bahía. Sonidos lejanos de motores de coches y un claxon afónico. El Estrella anclado e inexpresivo, como si estuviera en trance, sus dos ocupantes apostados a estribor. Los dos policías siguen caminando, fumando, quejumbrosos de su sueldo y las largas horas de servicio. Abai está cansado, ha pasado la última noche en la sala de máquinas y le dice a Cheng que se va a descansar. Los dos se retiran. Abai cae dormido muy pronto mientras Cheng lee un periódico Chino de hace doce días.

Está solo en la punta de la proa del barco. Las luces de Bakú son como las de un árbol de navidad que vio de niño en el ayuntamiento de su pueblo, tan fascinantes... Las creía olvidadas. El alcalde homena-

jeaba a los pescadores con un discurso tan aburrido como pomposo. Le maravillaba cómo se encendían y apagaban los colores alternándose: rojo, azul, rosa, verde... Ahora se reflejan en las aguas de la bahía, la ciudad en calma, debe de ser muy tarde. Oye un chapoteo en el agua, un gran esturión asoma la cabeza.

—¡Idurk, te creía muerto!

—Solo soy su espíritu. ¿Cómo te va, Abai?

—He encontrado un mar, y un barco en el que navegar. ¡Cómo me alegra verte!

Idurk baja la mirada, parece triste.

—Cada vez somos menos, nos pescan con grandes redes.

—No...

—Además las aguas cada vez están más sucias, hay restos de petróleo por todas partes.

—¿Quieres decir que este mar también desaparecerá? —No conozco el futuro, Abai, solo el presente. —¿Tendré que seguir huyendo?

El gran pez se sumerge y desaparece. Abai mira hacia la ciudad, ya no hay luces, solo unas pocas casas de madera y, detrás, colinas peladas. La luz es extraña, no es de noche, tampoco de día, no hay luna, ni sol, ni estrellas, como si el tiempo se hubiese detenido en ese preciso momento en el que el sol no acaba de asomarse al amanecer o se acaba de ocultar al atardecer. Hay un coche oxidado junto a la orilla, medio enterrado en la arena, y un poco más allá, cree reconocer la casa de sus padres, su padre sentado en el porche. “¿Qué hace ahí la casa de mis padres?”. Grita, llama a su padre, le saluda con la mano, pero no le oye. Rompe a llorar, quiere bajar a tierra y correr a abrazarle, pero el Estrella se aleja del muelle. Ahora grita a Cheng para que pare los motores, corre

a la sala de máquinas pero allí se encuentra a Tarasov, que le está echando una buena reprimenda a Cheng. Este está de rodillas frente al ruso y le suplica que no le despida, que no tiene adónde ir. Abai interviene, le explica a Tarasov que Cheng es un buen maquinista, que trabaja duro y es honrado, pero Tarasov no parece oírle. De repente, Cheng se transforma en Zhou y Tarasov le habla como a un niño pequeño que ha hecho una travesura, dándole collejas mientras le dice “eso no se hace”. Tarasov mira a Abai.

—Llevando tabaco de contrabando en mi barco, ¿qué te parece?

—No hacen mal a nadie, son solo unos pocos cigarrillos.

Tarasov se acerca a Abai con aspecto amenazante, pero su cara ya no es la del ruso, sino la del muchacho que le “quitó” a la que quiso que fuera su novia. Abai le lanza un puñetazo con todas sus fuerzas pero golpea el aire, pierde el equilibrio y cae al suelo. Se levanta dolorido... Allí ya no hay nadie, aquello no es la sala de máquinas del Estrella. El suelo es de piedra, amplio, vacío, vislumbra una figura sentada en una silla a cierta distancia, parece una mujer. Camina hacia ella, poco a poco sus facciones se hacen más visibles: su cabello pelirrojo, sus ojos verdes... le resulta tan familiar... Ella le sonrío, él le sonrío. No se atreve a decir nada, la pregunta, sin embargo, le asalta constantemente: “¿De qué te conozco?”. Ella se levanta y le coge la mano, caminan asidos de la mano, despacio, su mano es suave, blanca y tibia. Abai ya sabe que van a caminar sobre la arena, junto a las olas, porque ya lo han hecho otras veces, incluso se acuerda de la última conversación: la forma cambiante de las nubes. “¿Cómo he podido olvidarlo todo este tiempo!”. Se esfuerza por recordar el nombre de su acompañante pero no puede, cuando cree que ya lo tiene, se le escapa. Ella le mira con la sonrisa más dulce del mundo, ahora le recuerda a su madre.

—Abai...

Nunca había oído pronunciar su nombre con tal natural dulzura, excepto quizás cuando su madre le llamaba, él siendo un bebé, tumbado en su cuna de madera. “¡Pero es imposible que lo recuerde!”. Siente una imperiosa necesidad de preguntarle el nombre a su acompañante, y quién es ella realmente, pero ha desaparecido, mira alrededor... Está solo, sobre la arena. Siente un cosquilleo en el pie derecho: un cangrejo camina sobre el empeine en su ruta hacia el agua.

Despierta casi al amanecer. Ya no recuerda su sueño, le quedan vagas sensaciones que no puede precisar, un atisbo de vacío, de soledad disfrazada de hambre, lejanía y novedad. Se da cuenta de

que todos sus compañeros duermen pero no los ha oído llegar por la noche. Pero Zhou está despierto, se da la vuelta dentro de las mantas, lleva un reloj de pulsera y mira la hora, He murmura algo en sueños. Hoy descargarán el Estrella, no sabe nada más. Supone que volverán a cargar para volver a Manqdash quizá, o a otro puerto. No le falta comida, ni techo, ni barco, ni mar. Incluso tiene compañeros exóticos, aunque la relación con ellos no sea muy fluida. Se entiende bien con Cheng. Con He y Hai apenas ha intercambiado palabras, Zhou es amable y respetuoso, pero tiene que ser muy listo para que Tarasov confíe en él como segundo de a bordo. Se pregunta dónde habrán estado. “Colocando su tabaco en algún sitio... Se lo venderán a otros chinos, a algún restaurante chino... Quizá tengan familias, esposas, amantes, amistades...”.

La jornada empieza muy temprano. En el barco hay carga para casi tres camiones grandes, pero el tercer camión tarda en llegar. Tarasov propone descargar en tierra sin conseguirlo. “No puede tardar”, le dicen. El ruso se impacienta, se le nota aunque no diga nada. Abai se hace con una escoba y empieza a barrer la cubierta. Zhou indica a He que haga lo mismo, quiere evitar a toda costa un enfado de Tarasov, pues este se altera mucho cuando ve a la tripulación parada, aunque no sea su culpa. El operador de la grúa discute con un operario de tierra, señala varias veces su reloj de muñeca con el dedo índice de la mano derecha. Por fin deja su puesto y se va a almorzar. Zhou sigue atento los acontecimientos, no pueden hacer nada, dependen de la llegada del tercer camión para vaciar el Estrella y prepararlo para la siguiente carga. Abai se acerca hasta Zhou y le pregunta qué pasa, este le cuenta lo sucedido y apuntilla que siempre pasa algo, que es normal. Abai se imagina que debe de ser complicado coordinarlo todo para que la descarga sea fluida. Se acuerda de su barco, de que no tenía que sufrir estos problemas de logística, la carga se la daba el mar y la descarga la hacía él mismo a mano. Echa de menos las cajas de pescado, las redes, el olor a pez, su brillo viscoso. Por fin llega el tercer camión, el conductor baja de la cabina y discute con el operador de tierra. Este le reprocha su tardanza, aquel se excusa argumentando que ha tenido que reposar, que sin diésel el camión no anda.

—Además... ¿Dónde está el de la grúa?—Almorzando.—¡Entonces a qué viene tanta prisa!—¡Si hubieras venido a la hora no se habría ido a almorzar!

A las dos en punto el Estrella está vacío, la bodega y la cubierta limpias, listo para recibir la siguiente carga. Se entera, vía Zhou, de que van a cargar frigoríficos, neumáticos y bolsas de plástico, comenzarán por la tarde y esperan tener el barco cargado y listo para zarpar al día siguiente por la tarde, rumbo a Manqdash.

10. ¿Has probado el gin-tonic alguna vez?

Sentía el Estrella como si fuera su propia casa. Llevaba casi tres meses navegando a través del Caspio, surcando las aguas de aquel mar extraño, cerrado, dividido por líneas fronterizas invisibles de las que la fauna marina, las aguas y los vientos no entendían, salpicado de torres metálicas como extraños monolitos que simbolizaban la adoración a la modernidad, el progreso, la riqueza. El oro negro transformaba a hombres y naciones en púgiles ávidos de petrodólares disputándose oscuros tesoros escondidos en las profundidades del suelo marino. Abai no entendía de todo aquello. Navegaba a bordo del barco ajeno a disputas, a excesos de explotación y a codicias desmedidas con la misma alegría con la que navegó en el Latón por primera vez. Se limitaban a llevar y traer mercancías, principalmente entre Manqdash y Bakú, con desvíos ocasionales (una vez al mes) a Atyrau, donde Tarasov, supuestamente, tenía una amante. Llegó a congeniar con el resto de la tripulación china, sobre todo con Cheng, con quien pasaba largas horas en la sala de máquinas, pero también con He, el más joven de todos, fortachón y despistado, Hai, con su cara de preocupación permanente, y Zhou, veterano y tremendamente avisado. Manejaba a Tarasov de tal manera que Abai llegó a preguntarse si no era él, realmente, quien estaba a cargo del Estrella. Tarasov era altivo, arrogante, apenas les dirigía la palabra y si tenía que cruzarse con ellos los ignoraba como si estos fueran objetos inertes. Zhou parecía conocer como nadie sus debilidades, era un maestro manteniendo la distancia y sugiriendo maneras de actuar de tal manera que el ruso no se sintiera superado. Abai pensaba que era la persona más sabia que había conocido jamás, que incluso sería un excelente consejero de gobernantes y mandatarios. Admiraba su humildad y a la vez le impresionaba su sabiduría. Cuando le miraba con aquellos ojos negros rasgados, sonriente, sentía que le conocía por dentro, como si supiera lo que estaba pensando en ese momento, y se estremecía. Era el líder indiscutible de la tripulación.

Había días que Tarasov no se encontraba en condiciones de gobernar el Estrella. Normalmente se emborrachaba en tierra, pero cuando lo hacía a bordo, de noche, ahogando sus penas en vodka en la soledad de su camarote, significaba que el día siguiente lo pasaría convaleciente, tumbado en la cama, escuchando una vieja cinta de coros del ejército ruso, incapaz de hacer nada más. Zhou se dirigía a ellos de manera escueta y precisa, sin necesidad de dar más explicaciones:

—Tarasov... no bien.

Eso quería decir que Tarasov tenía una resaca monumental, que no se le podía molestar de ninguna manera y que él (Zhou) estaría doblemente jodido porque tenía que hacer su trabajo y el de Tarasov. Así que, en días como aquellos, todos se aplicaban a su faena en silencio. La faena dentro del barco, una vez navegando, no era gran cosa. Se limitaba a ayudar a Cheng en la sala de máquinas, revisar la carga cuando había oleaje o ayudar a Hai, que hacía de cocinero. El cocinero oficial abandonó el barco en Bakú, antes de la llegada de Abai y hasta el momento no había sustituto. Abai se acostumbró pronto a la comida china. Le gustaba el pescado rebozado con salsa de soja y los tallarines que comían casi todos los días. Ya era todo un experto en el uso de los palillos, los demás le sonreían a la hora de comer dando su aprobación. A lo que no llegaba a acostumbrarse era a beber el té lleno de hojas flotando en la superficie.

Se sentía perfectamente instalado en su nueva forma de vida. Se conocía todas las rutinas a la perfección, las aprendió pronto y las realizaba como un experto a los pocos días de comenzar a navegar, sin embargo, seguía echando de menos la sensación de libertad que experimentaba apostado detrás del timón del Latón, el mar frente a sus ojos y la proa del barco virando según el rumbo que él marcara. Por otro lado, nunca había tenido tanto dinero, a pesar de que la paga era más bien escasa, pero es que no tenía necesidad ni ocasión de gastarlo. El Estrella le proporcionaba cama y comida, y la primera vez que bajó a tierra en Bakú se compró un par de botas y unos pantalones en la tienda de unos familiares de Zhou. En otra ocasión envió dinero a sus padres desde Manqdash, con una breve carta (la segunda que escribía) en la que explicaba que seguía en el mismo trabajo, sin novedad, y él se encontraba bien. No le gustaba escribir. Nunca le había gustado escribir ni leer y se sentía muy incómodo dirigiéndose a su madre por escrito. Se acordaba de su padre, en concreto de qué pensaría él de su trabajo. Quizá se limitara a encogerse de hombros mientras exhalaba el humo de un cigarrillo o quizá dijera algo como “es un trabajo como otro cualquiera”. De lo que sí estaba seguro era de que contemplaría con asombro aquel mar salpicado de pozos de petróleo y sus bancos de peces diezmados por la codicia. Porque en el Caspio se pescaba a gran escala, mucho mayor de lo que él había conocido cuando era pescador. En Bakú se acercó hasta una lonja de pescado y le impresionó la cantidad de esturiones que allí yacían, perfectamente ordenados, a la espera del mejor comprador. El olor de la lonja le traía recuerdos entrañables, pero ahora se le hacía un nudo en el corazón al contemplar tanto pez sin vida. No podía dejar de escuchar fragmentos de conversaciones en las que los pescadores se quejaban de las pocas capturas o del tamaño de estas. Su mirada se paseaba por las cajas de pescados blancos, bremas y otro pez que no reconoció (al preguntar le informaron que era “salmón del Caspio”). Aquella vista le producía ahora sentimientos encontrados. No podía evitar pensar que quizá, verdaderamente, habían ofendido al mar pescando demasiado y ensuciando sus aguas y que por eso había

desaparecido. Y aquí, en el Caspio, pasaba lo mismo, a mayor escala. Quizá la historia se fuera a repetir. Estos eran pensamientos íntimos que no se atrevía a airear entre las gentes del mar.

—¿Buena captura? El pescador le miró con recelo por un instante.

—No. Esto ya no es lo que era. Mi padre capturaba esturiones de tres metros y trescientos kilos de peso. Ya no queda ninguno.

Sacudió la cabeza con resignación, como si quisiera decir “ahora solo nos quedan las migajas”. Abai contemplaba sus blancos vientres expuestos, sus aletas sin vida, y no podía dejar de pensar en Idurk.

El estrella arribó a Bakú por sexta vez desde que Abai entró a formar parte de la tripulación. La silueta de la ciudad se la conocía de memoria, el gran abrazo de la bahía recibiendoles, pero esta vez la llegada era distinta porque Tarasov había anunciado que estaría toda una semana fuera de la ciudad. No dio explicaciones a nadie, pero Zhou sabía que iba a visitar a su hija en Volgogrado. El Estrella permanecería anclado en puerto y su tripulación disfrutaría de una semana entera de vacaciones. A Abai esta noticia le pilló de impre- visto y se devanaba los sesos pensando qué haría toda una semana en la ciudad.

Se dio cuenta, al despedirse de los chinos en el muelle, que estaba solo. Ellos eran realmente ahora su familia. Le invadió un pequeño acceso de congoja que pronto se disipó al recordar la única cosa que tenía clara haría en Bakú: tenía ganas de comer algo distinto al menú habitual del Estrella, y sin pensárselo dos veces se puso en marcha en busca de una taberna, con su viejo saco al hombro y el bolsillo lleno de dinero. Caminó a lo largo del bulevar y enseguida le atrajo el olor de carne a la brasa. Llegó hasta la taberna y se dejó seducir sin ningún tipo de resistencia por las brochetas que se doraban sobre un fuego de carbón. Buscó una mesa en el exterior y pidió un plato de carne con arroz y verduras y una cerveza. Esta- ban a finales de agosto, Bakú era industrial pero también turística. Los veraneantes paseaban despreocupadamente de un lado para otro y él los observaba con genuina curiosidad: grupos de jóve- nes, matrimonios jóvenes con niños pequeños, parejas de mediana edad, parejas mayores. Nunca había sabido lo que se siente al ir de vacaciones, siempre le había parecido algo exótico, moderno, de gente pudiente, pero al observarlos ahora pasear no se le hacía tan extraño. Al fin y al cabo él también estaba ahora de vacaciones. En su casa nunca las había habido, solo periodos de descanso cuando la mar estaba agitada o durante las fiestas del Festival de la Primavera o del Año Nuevo. Comenzó a sentir que disfrutaba de un lujo con el que no contaba.

Llegó el plato con carne a la brasa y la cerveza coronada de espuma. De repente se acordó de cómo su padre disfrutaba cuando asaban carne a la parrilla.

Se sentía en la cima del mundo. Durante el tiempo que le duró el plato no existió nada más en el mundo, ni siquiera se percató de un joven que se acercó a él, cuando daba el último trago a su cerveza.

—¡Abai!

—¿Toksan?

Toksan paseaba de camino a su apartamento cuando reparó en la figura de Abai. Se paró, lo miró un buen rato, y cuando estuvo convencido de que era él, se acercó hasta la mesa.

—No puedo creerlo. ¿Qué haces aquí?

—¡Toksan!... Trabajo en un barco, entre Manqdash y Bakú, ¿y tú?

—Petróleo, trabajo en una plataforma. ¿Y el Latón? —¿No lo sabes? Desapareció el mar. Toksan asintió con la cabeza varias veces. —Corrían rumores, pero nadie lo creía.

Los dos amigos se contemplaron unos segundos sin decir nada. Toksan lucía ahora una corta barba negra. Las preguntas se agolpaban en la mente de ambos sin encontrar salida.

—Siéntate, Toksan. ¿Has comido?

—¡Caramba, qué inesperado!

Toksan fue el primero en relatar su historia. También había pasado por Makyu y Ulya, pero desde allí, en vez de dirigirse hacia Manqdash, tomó otro rumbo, llegando hasta Volgogrado después de un penoso viaje en el que tuvo que recorrer grandes distancias a pie.

—Estuve a punto de tener que pedir limosna por la calle. Al final conseguí trabajo fregando suelos en un colegio. Pasé unos meses difíciles.

Allí oyó hablar por primera vez de los pozos de petróleo del Caspio y en cuanto reunió el dinero suficiente, compró un billete de tren y se plantó en Bakú, no sin antes haber tenido que hacer parte de la ruta a pie y en camión.

—Tú, que no querías saber nada del mar...

—Ya ves.

Pensó que su amigo parecía feliz, pero le dio la sensación de que su aventura desde que dejó su casa hasta llegar a Bakú había sido más dura de lo que daba a entender. Abai, a su vez, relató su peripecia desde que dejó a sus padres hasta que logró enrolarse en el Estrella. Luego recordaron su pueblo, sus amigos, sus familias, los ambientes en los que habían crecido y especulaban sobre cómo habría cambiado todo con la desaparición del mar.

—Tenías que verlo, Toksan. Como un desierto inmenso, silencioso, sin el ruido de las olas ni el chillido de las gaviotas. Los barcos... el Latón yaciendo sobre la arena del fondo. No podía entender lo que estaba pasando. La gente miraba hacia donde había estado el mar, incrédula, nadie hablaba de otra cosa.

—Debió de ser duro para ti, siempre quisiste ser pescador.

—Lo fue. No entendía nada. Me resultaba tan doloroso que me fui sin más dilación, sin rumbo fijo y sin las ideas demasiado claras. Sabía de la existencia de un mar más grande y casi sin pensarlo me encaminé hacia aquí. No puedo vivir sin el mar.

—Yo vivo prácticamente sobre él. Cuatro semanas seguidas en la plataforma y dos en tierra.

—Aborrecías la vida de pescador.

—Lo sé, pero se gana la vida uno muy bien sobre la plataforma.

—¿Y cuándo vuelves? —Dentro de dos días.

Toksan le ofreció su apartamento, que compartía con otros dos compañeros de la plataforma. Hablaron del trabajo, de la disciplina y las largas horas en el pozo, de los compañeros chinos de Abai, de Tarasov, los rusos, el Caspio, la pesca, los motores del Estrella, Bakú.

—No te aburrirás en Bakú.

—No tengo muchos días, he de estar de vuelta en el barco en una semana.

Los dos amigos estaban felices de haberse encontrado. Pasearon. Toksan le enseñó lo que sabía de la ciudad, Abai escuchaba y contemplaba las avenidas, los coches, las tiendas, edificios distinguidos, torres antiguas de doncellas prisioneras, mezquitas, iglesias. Le impresionó que tuviera un apartamento, que en aquel momento ocupaba él solo, pues sus compañeros estaban trabajando.

Se sintió como en casa, sentado en un viejo sofá verde, charlando con Toksan y bebiendo té. Incluso tenía un viejo televisor en blanco y negro. Daban un programa de música azerí, los cantantes se sucedían, hombres, mujeres, todos sonriendo a la cámara y gesticulando al ritmo de la música. No recordaba la última vez que se había sentado frente a un televisor, quizá fue en el bar del pueblo, unos días antes de su partida. Tuvo sensación de hogar, de rutina conocida. Se estaba relajando y le entró sueño.

Despertó hambriento. Toksan veía la televisión a su lado. Le propuso salir a cenar fuera y aceptó encantado la idea. Dejaron el apartamento y después de caminar unos minutos entraron en el “Luna bajo el Caspio”, un restaurante que, a pesar de estar pensado para turistas, servía comida excepcional. Se acomodaron en una mesa y pidieron tortitas de maíz con arenques y salsa de yogur, sopa de remolacha y carne de novillo. Toksan insistió en pedir una botella de vino azerí, a pesar de las reticencias de Abai, pues la única vez que había probado el vino en su vida se había mareado. Le impresionaba la soltura de Toksan, su mundo. A su lado se sentía tosco y ordinario. Comenzó a relatar los menús de comida china del Estrella exagerando su sofisticación, como si fuera todo un experto, aunque, sin saberlo, el menú del barco era más que notable. Miraba a las mesas de alrededor, platos que iban y venían, y su apetito se incrementaba por momentos.

—Te encantará la comida. Un compañero me enseñó este sitio.

—Estoy hambriento.

—No sabes el hambre que pasé en Volgogrado.

Terminaron de cenar y salieron del restaurante caminando despacio y con el estómago alegre. Abai tuvo cuidado de no beber más de un vaso de vino.

—¿No te aburres en Bakú?

—No tengo mucho tiempo para aburrirme. Para cuando te das cuenta ya hay que estar de vuelta. Allí, en la plataforma, sí que se hace duro a veces.

Caminaban rumbo al mar, sin decidirlo expresamente. Pasaron junto a un local del que emanaba una música ruidosa. Encima de la puerta de entrada, un letrero luminoso blanco, con letras rojas, anunciaba el nombre: “El Regreso”. Era uno de esos bares de toda la vida que había sido reformado con bajo presupuesto y convertido en lugar de moda. Toksan, que se había bebido casi toda la botella de vino él solo, estaba animado. Quiso entrar y Abai le siguió con curiosidad y recelo. El aire estaba cargado de humo y el volumen de la música tan alto que tenían que gritar para entenderse. Se acercaron a la barra y Toksan saludó a una muchacha de melena cortita y revuelta, color castaño, que esperaba a dos amigas. Abai se fijó en su piel blanca, las pecas de la nariz, sus intensos ojos verdes y sus dos largas piernas cruzadas apenas tapadas por su minifalda vaquera. Sentada sobre un alto taburete, con un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra, le recordaba a las prostitutas que había visto pasear en ocasiones por el muelle.

—Este es mi amigo Abai.

—Encantada. ¿También trabajas en la plataforma?

—No, trabajo en un barco.

Sus dos amigas hicieron acto de presencia: una rubia (teñida) y bajita, de pechos prominentes que cuidadosamente se había preocupado en resaltar y la otra alta, de pelo corto y grandes ojos grises, enfundada en un vaquero ajustado. Las recién llegadas saludaron a Toksan, encendieron sendos cigarrillos y las tres comenzaron a hablar entre ellas ignorando a los dos muchachos.

—¿Las conoces?

—Algo... La que hemos saludado primero es Lena y la más bajita, Olga. Del nombre de la alta no me acuerdo, creo que era atleta.

—¿Atleta?

—Eso me contó Lena una vez.

—¿Son rusas?

—De padres rusos, militares. ¿Has probado el gin- tonic alguna vez?

—No. ¿Qué es?

—Una bebida burbujeante mezclada con ginebra. También se puede mezclar con Vodka.

Antes de que Abai diera su aprobación, Toksan se giró y pidió dos gin-tonics. Su mirada volvió sin remedio hacia las piernas de Lena, recreándose en el contorno de sus muslos, la redondez de sus rótulas, la perfección de sus gemelos acabando en un glorioso empeine y los zapatos de tacón baratos de color marrón que imitaban la piel del cocodrilo. La muchacha sabía, sin duda, que tenía unas piernas bonitas. Abai comenzó a sentir palpitaciones en el pecho.

—Aquí tienes.

Toksán le alargó un vaso largo lleno de líquido burbujeante con hielos flotando. Se le hizo incómodo beber, pero el gin- tonic le gustó. Dejaba un regusto a alcohol al final de cada trago que le recordaba al vodka, pero más suave. Por algún motivo que no entendía, toleraba el vodka bien (las veces que lo había probado), a diferencia del vino, que le producía mareos y dolores de cabeza.

—¿Sales a menudo por la noche?

—Si tengo compañía. Las veces que he salido solo me he acabado sintiendo más solo todavía.

—¿Y las chicas?

—Estas tienen muchas pretensiones. Buscan hombres con dinero. Te han gustado, ¿eh?

—No te diré que no.

Los dos sonrieron como solo sonríen los hombres cuando hablan de mujeres bonitas.

—Olvídalas. Solo se fijarán en ti como último recurso, te sacarán los cuartos y te dejarán a dos velas.

Volvieron a reír, pero Abai no podía dejar de pensar en las piernas de Lena. Durante todas las semanas en el barco se había olvidado de que existían las mujeres. La cabeza le flotaba levemente por efecto del vino y la ginebra y hasta su nariz llegaban los efluvios del perfume barato concentrado de las tres mujeres. La excitación sexual se le había despertado de golpe y sin previo aviso. Terminó su gin-tonic de un trago como si fuera una declaración de intenciones y propuso tomar otro.

—Te ha gustado...

—Celebraremos nuestro reencuentro y nuestro miserable destino sin mujeres bonitas.